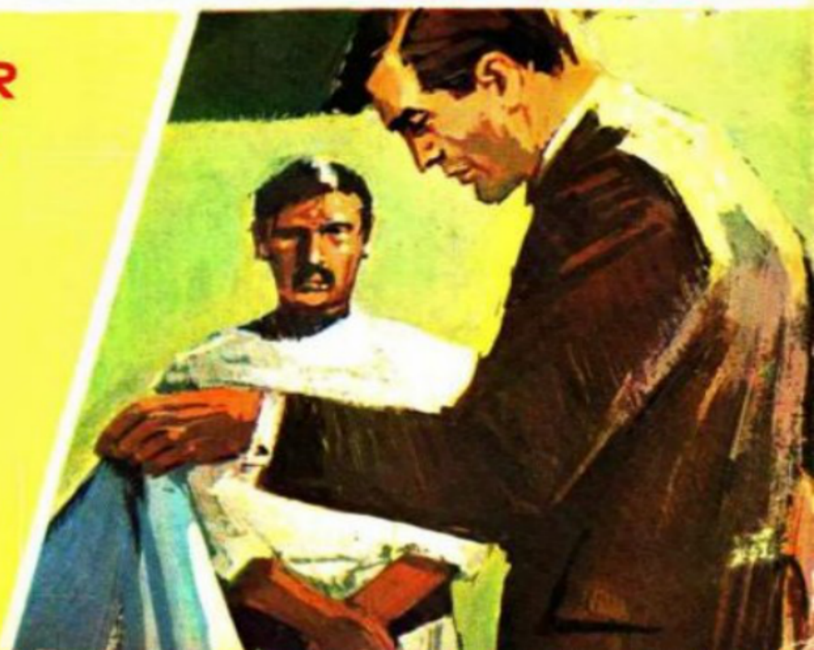


A CIEGAS HACIA LA MUERTE

una aventura de CLIVE

SILVER KANE





SS SERVICIO SECRETO




CLIVE
MURDOCK
HILDE

SILVER KANE

A CIEGAS HACIA LA MUERTE

SERVICIO SECRETO n.º 867
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 2165 - 1697

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: Marzo 1967

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
DE ESTE MISMO PERSONAJE

En Colección SERVICIO SECRETO:

834 — Protagonista: Clive.
837 — Todas quieren matarme.
841 — La casa de las modelos.
845 — Los pies en el infierno.
849 — La ciudad secreta.
853 — Un cuchillo para la señora.
856 — ¡Cítese conmigo!
864 — La tigresa china.

CAPÍTULO PRIMERO

Todo el mundo sabe que a Clive Murdock le gustaban cada día más las mujeres, a condición de que estuviesen vivas, y bien vivas. Por eso le fastidiaba de una manera tan extraordinaria encontrar en su camino mujeres muertas.

Como aquella, por ejemplo.

Estaba tendida en la mesa, y acababan de hacerle la autopsia. Si usted no sabe lo que es eso, amigo lector, tampoco le aconsejo que lo aprenda. Se hace un corte en el cuero cabelludo, en la nuca, se echa hacia adelante todo el pelo y la piel del cráneo, y los huesos de este quedan patéticamente desnudos. Luego se corta el cráneo con una sierra y se levanta como una tapa. Se extrae el cerebro para su estudio y se vuelve a cerrar todo. En cuanto al tórax, se hace una profunda incisión rectangular a la altura del pecho, que pueda levantarse como una tapa, dejando al descubierto los órganos internos. Si la investigación hay que hacerla en el vientre o el hígado, la incisión es larga y profunda, partiendo el cuerpo prácticamente por la mitad.

Fastidioso de verdad, sobre todo cuando uno es el muerto. Y si millones de personas de las que circulan como locas por las carreteras supieran que, en caso de accidente, les van a hacer todo eso, dejarían de pisar el acelerador inmediatamente.

Bueno, pero aquella chica no había muerto de un accidente de tráfico. La habían apiolado, sencillamente.

Murdock susurró:

—¿Era necesario hacer toda esa carnicería?

—Investigación rutinaria —dijo el forense—. Extracción simple de vísceras.

—Pues un poco más y no deja nada, doctor. ¿Es que sus ayudantes tenían muchas ganas de manejar la sierra y el cuchillo?

—Déjese de sensiblerías, Murdock. ¿A qué ha venido por aquí?

—Rutina.

—Sí, ya sé que de vez en cuando considera útil darse una vuelta por el depósito de cadáveres. Pero aquí no hay nada que interese a los federales, Murdock. Esto ha sido un asesinato ocurrido en el centro de la ciudad de Nueva York. La Brigada de Homicidios ya está trabajando en eso.

Clive Murdock hizo una mueca.

—Claro que sí, matasanos, claro que sí…

—¡No me llame matasanos! ¡Yo solo trabajo con cadáveres!

—Bueno, pues entonces matamuertos.

Sin hacer caso de las maldiciones del médico, se acercó a la chica. Era lastimoso tener que verla así, pensó Murdock.

Debía tener veinte años, como máximo, cuando murió. Que había sido una chica fina lo demostraban sus ropas de alta calidad, amontonadas fríamente sobre la mesa contigua. No faltaba detalle para haber hecho de aquella chica una auténtica seductora. El liguero y las medias eran de un extraño color oro viejo que Clive no recordaba haber visto nunca, pero que debía resultar particularmente sugestivo. Entre las prendas no faltaban ni unos guantes de la mejor calidad ni un sombrerito de alto precio.

El forense mostró el pulmón izquierdo, donde se veían perfectamente los destrozos causados por la bala.

—Deje de manosear y mire esto, Murdock. Dispararon a corta distancia, casi a quemarropa. La chica tuvo una hemorragia brutal y murió en unos cinco minutos. Vea. Hasta la piel está quemada a causa de la proximidad del disparo. De todos modos, es probable que, caso de haberla auxiliado en el mismo instante, hubiesen podido salvarla.

Clive susurró:

—¿Hay indicios de quien lo hizo?

—Eso ya no es cuestión mía. Pregunte a la poli.

Clive dirigió una última mirada a la chica. Tenía las facciones espantosamente blancas, pero debió haber sido muy bonita.

Sus cabellos dorados y limpios se veían esparcidos lastimosamente a un lado de la mesa.

—¿Parientes? —preguntó.

—Hasta ahora, nada.

—Bueno, entonces creo que no tengo trabajo aquí. Abur, matamuertos.

—Abur. Y a ver si algún día me proporcionas el honor de hacerte yo mismo la autopsia.

Clive encendió un cigarrillo y salió a la calle.

Estaba malhumorado. Ver una jovencita muerta siempre le producía un indefinible malestar.

Fue a pie a su apartamento, situado no lejos de allí. Tenía en este momento una de sus escasas y extrañas etapas de descanso, y todo aquello le hacía sentirse intranquilo. Después de la absorbente actividad de épocas anteriores, ¡resultaba tan extraordinario no tener nada que hacer! Con gusto hubiera emprendido un viaje, pero sus jefes no se lo permitían. En cualquier momento podía surgir lo inesperado, aseguraban. Y él tenía que permanecer en Nueva York, donde en el mes de febrero soplaba un viento helado, llegado del Canadá, que convertía los alientos de las personas en chimeneas de fábrica.

Clive Murdock, en contra de su costumbre, empezaba a aburrirse porque lo inesperado no ocurría.

Y de pronto, al entrar en su apartamento, tuvo la sensación de que las cosas habían cambiado, de que habían variado totalmente.

Porque lo inesperado estaba allí.

⋆ ⋆ ⋆

En el primer instante le pareció que aquello era una especie de cosa sobrenatural.

Aquel rostro que él conocía perfectamente. Aquellas medias color oro viejo audazmente exhibidas… Incluso el liguero del mismo color, para que no faltase detalle. Y los cabellos rubios desparramándose a un lado, junto al rostro perfecto.

Clive lanzó un respingo.

Él no creía en las apariciones, pero aquella chica era la misma del depósito de cadáveres… ¡y viva!

Ella, que estaba tendida en el diván, junto a la pantalla encendida, modificó un poco la posición de su falda, haciendo más discreta aquella exhibición que había dejado sin respiración a Murdock.

Sus labios se entreabrieron para decir:

—Entra, pichón. ¿De qué te asustas?

Clive cerró a su espalda, pero necesitó palparse la cara para convencerse de que no soñaba.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Con una llave falsa, pichón.

—¿Quién eres?

—Te lo diré cuando me hayas preparado un *whisky*. Me gusta solo y con dos cubitos de hielo.

Clive lo preparó en silencio, situándose, como por casualidad, en el sitio desde donde la exhibición seguía siendo más sensacional.

Luego tendió el vaso a la muchacha.

—¿Cómo te llamas?

—Hilde.

—¿Y tu hermana, la muerta?

—¿Es que la has visto?

—Ha sido por casualidad. Vengo ahora del depósito de cadáveres.

Los ojos de Hilde se entenebrecieron. Apenas despegó los labios para decir:

—Se llamaba Nora.

—No he visto un caso de gemelas tan asombroso como el vuestro. Incluso vestís exactamente igual.

—Nos acostumbraron desde pequeñitas.

Clive se preparó otro *whisky* para él, pero este doble.

Solo cuando lo hubo bebido, empezó a sentirse mejor.

—¿Por qué no llevas luto a Nora?

—Aún no he tenido tiempo. La han matado esta mañana.

—¿Quién?

—No tengo ni idea, pero es probable que el caso esté relacionado con lo que voy a decirte. Es posible que la hayan matado creyendo que era yo.

—¿Es que estás metida en un lío?

—Y tú también, pichón.

Se movió un poco, alzando la bien proporcionada parte posterior de su cuerpo. Debajo tenía un sobre que tendió a Clive.

Este conocía aquella clase de sobres, y también el tipo del papel. Lo conocía todo. Era así como llegaban los despachos y las órdenes del F. B. I.

Decía sencillamente:

> «Preséntese mañana, a las doce treinta en punto, en el despacho de Stevenson. Vaya solo y dispuesto a recibir instrucciones. Asunto muy confidencial».

Clive parpadeó.

Era el lenguaje habitual en su sección. Servicios especiales, líos que se distinguían por llevar encima el calificativo «Top Secret». Asuntos que se sabían, en un despacho, pero que se ignoraban completamente en el contiguo.

—¿Conoces a Stevenson? —preguntó la muchacha.

—Claro que lo conozco. Es uno de los buitres más importantes del F. B. I. Siempre está dispuesto a meter el pico hasta lo hondo, allí donde haya carroña.

—Pues aquí la hay. Y de la que dura.

—¿Por qué te han dado a ti el mensaje? ¿Por qué no me lo han enviado por conducto normal?

—Así era más seguro. Ya sabes cómo es Stevenson. Un tipo raro.

—Justo —susurró Clive—. Un tipo raro. Es lo menos que puede decirse de él. ¿Y qué pintas tú en todo esto?

—Ya lo sabrás… pero mañana.

Se puso en pie y arregló su falda. Clive pensó que, curiosamente, lo mismo a su hermana que a ella las había visto tumbadas, aunque por muy distintos motivos.

Ahora se dio cuenta de que Hilde estaba magníficamente formada, que era alta y con una esbeltez poco común. Pero, al parecer, todas las exhibiciones habían terminado, al menos por aquella noche.

Clive no lo lamentó tanto como lo hubiera sentido otras veces.

Por el momento no sentía deseos de abrazar a un duplicado de la muerta.

Hilde se acercó a la puerta y susurró:

—Volveremos a vernos. Pero lamento decirte que quizá entonces use una combinación diferente, pichón.

—Lo comprobaré personalmente —susurró Clive.

Y, cerrando los ojos, se tendió en el diván.

⋆ ⋆ ⋆

Clive Murdock sabía que Stevenson era un fanático de la puntualidad, y por eso no podía permitirse el lujo de ir a su despacho ni un minuto antes ni un minuto después de las doce treinta.

A la mañana siguiente, por consiguiente, le quedaba tiempo.

Salió de su apartamento a las once y cruzó el río por Triboro para ir al Bronx, donde vivía su amigo Johnny.

Johnny estaba en cama. Llevaba enfermo hacía dos semanas. Era uno de los muchos tipos a los que el matrimonio le sienta mal.

Casado dos años antes con una mujer que también había pertenecido al FBI. Johnny no era feliz, o al menos no lo parecía. Últimamente, sobre todo, estaba en muy baja forma.

Sonia, su mujer, rubia y espléndida, le abrió como siempre la puerta.

—Hola, Clive.

—Buenos días, Sonia. ¿Cómo está Johnny?

—Como siempre. Sin levantarse.

—¿Puedo pasar a verle?

—¿Por qué no? Tú eres el único amigo que viene.

Clive pasó al dormitorio, desde cuyas ventanas se divisaba una magnífica vista sobre el Hudson. Johnny estaba como siempre, postrado, abatido y muy blanco.

Los médicos aún no habían podido averiguar qué enfermedad le aquejaba, aunque había estado al borde de la muerte. En los últimos días, sin embargo, parecía sentirse mejor.

Sobre su mesilla, según costumbre, estaba el vaso de vino reconfortante que Sonia le servía todas las mañanas, y que él solía beber poco a poco.

También como siempre desde que había empezado a visitarlo, Clive bebió de un trago casi todo el contenido de aquel vaso.

—En contra de lo que digan los médicos, creo que esto más bien te perjudica —explicó.

—¿Por eso te lo bebes?

—Bueno, es que además me gusta… Lo encuentro tan bueno como el *whisky*. Es de una marca que no se halla en todas partes.

Como siempre también, entregó a Johnny los periódicos del día y comentaron las noticias durante un rato.

Luego Clive se despidió. Eran las doce diez.

Sonia le esperaba sentada en el recibidor. Llevaba una falda extrañamente corta, y tenía unas de las piernas más bonitas que Clive recordaba haber visto en su vida.

Pero decidió olvidarlas.

—Adiós, Sonia.

—Hasta pronto, Clive… Hasta cuando quieras tú.

Su voz era insinuante, leve. Flotaba en el aire quieto de la habitación.

Clive Murdock cetro pensativamente la puerta.

* * *

El despacho de Stevenson se encontraba en un sector aparte de los departamentos que el FBI ocupa en Nueva York. Todo lo que se tramaba en aquel lugar, tenía la consideración de Alto Secreto.

Ello no tenía nada de extraño, puesto que Stevenson era el enlace entre el FBI —servicios interiores del país— con el CIA —servicio de espionaje y contraespionaje— y con los servicios secretos encargados de las misiones esenciales y de la protección de Estados Unidos.

Naturalmente, todo el que entraba allí estaba sometido a medidas especiales de control.

Clive hubo de mostrar su documentación y su placa, llenar una ficha y dejar el revólver reglamentario en depósito hasta que saliese. Solo después de todo esto le fue permitido el acceso al despacho de Stevenson.

Clive Murdock tuvo una buena sorpresa al ver que este no se encontraba allí.

Su lugar era ocupado por un tipo alto, delgado, de facciones astutas que vestía un irreprochable traje gris.

Clive parpadeó.

—Creí que me había citado Stevenson —dijo.

—No importa. Entre.

El federal cerró la puerta a su espalda.

—Me presentaré —dijo el desconocido—. Soy Mayle, de los servicios especiales de seguridad de la Casa Blanca.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Hay un trabajo especial para usted.

Clive miró con atención a su interlocutor. Era el perfecto tipo del agente secreto. Frío, elegante, astuto y seguramente implacable. No había duda que conocía, al menos, seis idiomas y había viajado por todo el mundo. Que lo mismo sabía preparar un veneno que apuñalar a un hombre. Los servicios de seguridad de las grandes potencias tenían en sus nóminas hombres como aquel. Tipos que parecían cortados por el mismo patrón, que se parecían sospechosamente y tenían los mismos

métodos.

—¿Qué trabajo es ese? —murmuró el federal.

—Tendrá que hacer un viaje.

—Lo suponía. Siempre ocurre así. ¿Largo?

—No. Podrá ir y volver en veinticuatro horas.

—Pues si el viajecito es en avión, tengo casi tiempo de dar la vuelta al mundo…

—Será en barco. Y basta ya de explicaciones. Acompáñeme.

Mayle era uno de esos tipos decididos que no pierden un solo minuto. Se puso en pie e indicó a Clive que ambos debían salir del despacho.

El control, a la salida, no tuvo ningún rigor. Los dos agentes de turno se limitaron a registrar la hora y a devolver su revólver a Clive. Nada más.

En la calle esperaba un largo coche negro, un modelo especial de la «Pontiac». Había al volante un individuo con el clásico aspecto de los «torpedos» del servicio secreto, hombres sin demasiada inteligencia, pero rudos y violentos, especialmente preparados para los trabajos de acción.

Clive, antes de subir a aquel coche, vaciló un momento.

Parecía como si hubiera dado un traspié. Todo su cuerpo pareció desmoronarse durante unos segundos.

Mayle le sujetó por un brazo.

—¿Qué le ocurre?

—Nada… Ya pasó.

—¿Se siente mal? Quizá necesite tomar un trago.

—Un vaso de leche, por favor.

—¿Leche?

—¿Y por qué no?

—Me habían dicho que usted era un inveterado bebedor de *whisky*. Que ha llegado a consumir tanto que necesita que se lo transporten en un barco petrolero.

—Eso es cierto en parte, pero ya ve. La gente cambia.

—Está bien. Entremos allí.

Había un bar en las cercanías. Clive encargó un vaso de leche, la azucaró mucho y se la bebió de un trago. Casi al instante pareció sentirse mejor.

—¿Podemos irnos? —preguntó Mayle.

—Cuando quiera.

Subieron al coche, e inmediatamente ocurrió algo que Clive no esperaba, aunque había oído hablar muchas veces de aquellas medidas especiales de Seguridad.

Del borde del diván delantero surgió un espejo completamente opaco, que impedía ver absolutamente qué dirección seguía el

automóvil, para los que iban en la parte posterior. Varias cortinillas opacas descendieron también automáticamente, en los cristales de las portezuelas y en el posterior, cortando así absolutamente toda posibilidad de visión para Clive Murdock.

—Pura rutina —dijo Mayle—. Por supuesto, ese cristal delantero que acaba de alzarse, es a prueba de balas.

—Lo supongo.

Estaba como en un ataúd, sin saber adónde se dirigían. Tenía que calcular la dirección por las vueltas que daba el coche, pero pronto le pareció comprender, por el exagerado número de curvas, que este daba vueltas a una misma zona, buscando desorientarle. Realmente lo consiguió, pues cinco minutos después, Clive ya no sabía por dónde diablos estaban rodando.

Si iban a tomar un buque, no cabía duda que se dirigirían a los muelles. Pero, ¿a cuáles?

Manhattan, al fin y al cabo, es una isla. Los muelles la rodean por completo, y si bien los trasatlánticos atracan en el West Side, también es posible tomar un yate en el lado opuesto, es decir, en el East Side. Es posible embarcar en el río Harlem, dar la vuelta completa, pasando por la bahía, y acabar bajo el puente de Brooklyn.

Clive pensaba en todo esto mientras rodaban a poca velocidad. Pero se dijo que, después de todo, se enteraría del lugar donde estaban en cuanto descendiesen del vehículo para subir a la nave, fuese esta de la clase que fuese.

Mayle susurró:

—¿Le extrañan tantas medidas de seguridad?

—No. Estoy acostumbrado.

Luego Mayle guardó silencio.

Por la relativa escasez de luces de tráfico, Clive dedujo que se encontraban en el West Side, en el punto de atraque de las grandes líneas. Pero eso era solo una suposición.

Y aquella presunción fue seguida de una sorpresa.

No bajaron del coche para entrar en la nave. Simplemente, el vehículo descendió por una rampa de madera y se introdujo directamente en algo que debía ser un barco.

Clive tragó saliva.

—¿Es que no vamos a salir? —preguntó.

—Lo siento, señor Murdock, pero no será posible —dijo Mayle con una estrecha sonrisa.

—¿Ni siquiera cuando estemos en alta mar?

—Ni siquiera entonces.

—¿No se fían de mí?

—No podemos confiar en nadie, señor Murdock, absolutamente en nadie. Determinados trabajos exigen un secreto absoluto.

—No lo niego —susurró Clive.

No podía evitar que aquella misión le resultara particularmente molesta. Y lamentaba que aquel buitre de Stevenson se hubiera acordado especialmente de él.

Se oyó trepidar de máquinas, y Clive pensó, por el ruido del motor, que se trataba de un diésel. Dedujo también que navegaban contra corriente: es decir que no estaban en el río, pues hubieran avanzado a favor de esta, sino en la bahía. Pero pronto se dio cuenta de que daban vueltas también, lo mismo que en el automóvil. Lo mismo navegaban a favor de la corriente que en contra de esta; el cabeceo de la nave se lo demostraba bien.

Transcurrieron varias horas, durante las cuales permanecieron en un absoluto silencio.

¿Tres horas? ¿Cuatro?

Clive Murdock, un hombre cuyos nervios estaban preparados para afrontar cualquier situación, llegó a perder la noción del tiempo.

Ni siquiera sabía si estaban en la bodega de la nave o en cubierta. El ruido del motor parecía trepidar en todos los rincones del buque. El cabeceo se percibía de una manera uniforme, y era imposible saber incluso si estaban en proa o en la popa.

Al fin el ruido del motor cesó.

Clive consultó su reloj, y se sorprendió al notar que solo habían transcurrido dos horas.

El tiempo se le había hecho interminable.

—¿Hemos llegado?

—Estamos llegando —dijo Mayle.

La nave cabeceaba aún, lo cual indicaba que no estaban en un puerto, sino en un lugar de mar libre. Posiblemente un embarcadero de tablas. La nave se acercaba a aquel lugar impulsada por la inercia, con los motores parados.

Luego se detuvieron totalmente. Se oyó claramente el roce del embarcadero a estribor.

Si Clive pensaba que entonces podría ver algo, se equivocó del todo. Porque el conductor puso nuevamente el motor en marcha, y salieron por otra rampa dando marcha atrás. Él no podía ver nada, pero el conductor debía sacar la cabeza por la ventanilla para realizar la maniobra. Clive se dio cuenta de que los neumáticos rodaban por un terreno pedregoso.

Todos sus sentidos estaban en tensión, aunque sabía que Mayle adoptaba aquellas precauciones porque debían ser absolutamente necesarias.

Atravesaron una zona de tierra blanda y salieron a una carretera asfaltada al cabo de media hora. Por ella rodaron a poca velocidad durante un tiempo que a Clive se le hizo interminable: dos horas más.

De pronto, atravesaron algo que a Clive le pareció incomprensible: Una feria al aire libre.

Se oían distintamente las risas de la multitud los gritos, los anuncios de los feriantes y las músicas que salían de las barracas y los tenderetes. El coche aminoró la marcha, señal de que pasaban por entre una verdadera multitud. Se oían incluso en la plancha los golpes que algunas manos de paseantes daban en la carrocería, molestos por aquella intrusión.

Clive susurró:

—¿No es esto una imprudencia?

—¿Por qué lo dice?

—Pasamos por entre una verdadera multitud. Nada menos que por una feria de pueblo al aire libre. Mucha gente recordará haber visto pasar este coche herméticamente cerrado. Incluso se acordarán de su matrícula.

—Es usted observador, señor Murdock.

—Cualquiera notaría eso.

Mayle sonrió.

—Un secreto se guarda mejor entre una multitud que en un desierto, amigo mío. Aquí nadie se fija en nada. No olvide eso.

Dejaron atrás los sonidos, y de pronto, el coche frenó.

Clive musitó:

—¿Hemos llegado?

—Desde luego, pero usted no podrá ver el lugar. Tendrá que vendarse los ojos.

—¿Es necesario?

—Es indispensable.

Mayle extrajo de uno de sus bolsillos una capucha de seda negra, muy espesa. Pidió a Clive que se la ajustara a la cabeza.

—Le permitirá respirar y oír, pero no verá nada.

—Voy a parecer un fantasma —susurró Clive—. Un tipo del que solo se verá la cabeza negra.

—No haga caso de eso. Nadie ha de verle.

Clive se ajustó la capucha. Esta se ceñía a su cara y llegaba hasta su cuello. En efecto, no veía nada, aunque podía respirar y oír.

—Salga.

Clive lo hizo.

Pisó un terreno liso y uniforme. Inmediatamente Mayle le tomó del brazo izquierdo.

—Suba.

Ascendieron unos peldaños. Y entonces Clive se dio cuenta de algo extraordinario.

Sonaba música. ¡Música religiosa!

La solemne voz del órgano llenaba al aire delante suyo. Era una

música lenta, un poco triste, que calaba hondo. Era una música especial, que parecía hablar de la finitud de la vida y de la grandeza de la muerte.

—¿Es que vamos a una iglesia? —musitó Clive.

—Por favor, calle.

Clive calló, y entonces sus pies pisaron una mullida alfombra. No era extraño que los templos las tuviesen, pero eso indicaba que se estaba realizando en él una solemne ceremonia, porque de lo contrario, la hubiesen retirado ya.

Oyó perfectamente entonces la voz del hombre que predicaba:

—Queridos hermanos, vamos a unir en sagrado matrimonio a Julia y a Ulyses. Esta ceremonia, solemne entre las solemnes, debe quedar grabada en la memoria de todos. El hombre y la mujer que están ante nosotros…

De repente, la voz cesó.

A espaldas de Clive acababa de cerrarse una puerta.

—Repito que ha sido una imprudencia —masculló el federal—. Una imprudencia después de otra.

—¿Por qué?

—Primero hemos pasado por una feria al aire libre donde estaba congregada una verdadera multitud. Luego hemos entrado en una iglesia… ¡donde se celebraba una boda solemne! ¡Han tenido que vernos muchísimas personas! ¿Qué clase de secreto es este?

—No se preocupe. No le ha visto nadie.

—¿Es que no hemos entrado por el templo?

—No por la puerta principal, sino por una puerta lateral. Nadie ha podido verlo.

—Bueno, las medidas de seguridad son suyas, Mayle, no mías. Espero que sepa lo que hace.

—Por supuesto.

—¿Puedo quitarme la capucha?

—Sí.

Clive Murdock suspiró con alivio. Por fin había cesado toda aquella comedia, todo aquel misterio. Al fin podría saber dónde estaba.

Se quitó la ceñida capucha y tuvo que parpadear, porque sus ojos estaban ya habituados en la oscuridad y difícilmente podía resistir la luz. Y eso que la claridad no era allí excesiva.

Según pudo ver, estaban en una cripta. Una cripta de piedra.

Una sola y lejana luz de neón parpadeaba en el techo.

Clive fue bajando poco a poco la mirada. La fue bajando hasta encontrar una gruesa mesa de mármol.

Y encima de ella un cadáver… ¡el cuerpo de una mujer a la que conocía perfectamente!

CAPÍTULO II

—Todo parece marchar mejor, Johnny. ¿Qué tal te encuentras esta mañana?

Johnny dejó a un lado los periódicos.

—Parece que me voy centrando. Hoy incluso he dado un pequeño paseo por la casa.

—Te he traído unas revistas.

—Gracias, Clive. Tú eres mi único amigo.

—Tienes montañas de amigos, Johnny. Lo que ocurre es que no todos disponen de tiempo para venir a verte.

—¿Y tú? ¿No te han metido en ningún lío por el momento?

—No, ninguno.

—Pues tienes cara de sueño.

—He dormido mal. La inactividad es para mí como una enfermedad. No puedo soportarla.

Tomó el vaso de vino y lo vació de un trago.

Johnny parpadeó.

—Clive, ¿por qué quieres que yo no lo pruebe?

—A pesar de lo que digan los médicos, el vino no te sienta bien. Estoy seguro.

—Qué sabes tú, muchacho… No eres médico.

—Pero tengo intuición. Y tú mismo puedes comprobarlo; desde que no bebes ese vino, te sientes mejor.

—Lo que ocurre es que la enfermedad ha ido cediendo. Todo, lo bueno y lo malo, termina en este mundo.

Clive se puso en pie.

—Tengo que sacarte de aquí una tarde de estas, muchacho. Te llevaré al cine.

Johnny trató de sonreír. A la luz cruda de la mañana, se le veía demasiado pálido.

—No seas tan optimista. Aún tengo reclusión para una buena temporada.

Clive le hizo un saludo y salió. Como siempre, Sonia le esperaba sentada en el recibidor.

Y, según costumbre, tenía las piernas cruzadas y llevaba una falda muy corta.

—Sonia…

Ella se puso en pie.

—Algún día quiero hablar contigo, Sonia.

—¿Sí?

—Un día cualquiera. Cuanto antes mejor.
—Eres un tipo extraño, Clive.
—¿Sí?
—Antes no apreciabas tanto a Johnny.
—Siempre fuimos amigos.
Ella se apoyó en la pared. Pareció respirar con dificultad. Había algo ansioso en ella, algo que era como una llamada.
—Clive, ¿cuánto tiempo hace que no besas a una mujer?
—Diez minutos.
—No mientas. ¿Cuánto hace que no besas a una mujer como yo?
Clive dijo, suavemente:
—A una mujer como tú no la he besado nunca.
—¿Y no quieres saber lo que ocurre?
—Tengo el corazón mal —dijo Clive—. No lo resistiría, hermana. Pero otro día tomaré vitaminas antes de venir.
Salió a la calle repleta de sol, cargada, sin embargo, de un aire húmedo y frío que llegaba del Hudson.
Quizá fuera verdad que Clive no estaba bien del corazón.
Porque al salir de la casa dio un traspié y sintió como si le fallaran las rodillas.

⋆ ⋆ ⋆

La Calle Doce.
La entrada al Nueva York bajo, al de los artistas y de los vagabundos. La zona de Washington Square, donde lo mismo se encuentra un garito de «strip-tease» que un predicador de una religión recién inventada.
Clive aspiró el aire quieto de la tarde. Pronto anochecería, pero la plaza aún tenía un aire acogedor y risueño. Se introdujo en Greenwich Village y se detuvo en la esquina de McDougal Street.
Allí estaba el coche.
Esta vez era blanco y de otra marca. Un «Chevrolet». El mismo torpedo estaba al volante.
Y dentro estaba Mayle.
—Suba, Murdock.
Clive subió. También ahora las cortinillas bajaron automáticamente y el cristal opaco se alzó para que no viese por dónde circulaban. Mayle guardaba impenetrable silencio.
Puesto que Greenwich Village es un verdadero laberinto, si se le compara con las calles rectilíneas y simétricas del resto de Manhattan, el chófer no necesitó mucho ingenio para desorientar a Clive, un hombre que no podía ver absolutamente nada. Evidentemente tenían que ir hacia el Norte, remontando quizá la Sexta Avenida, pero a partir

de ahí, nada más sabía Clive. Ni si se dirigían al Este o al Oeste.

Otra vez, después de mucho rodar, penetraron en la nave por la misma rampa del día anterior. Y de nuevo las máquinas del diésel empezaron a funcionar.

Mayle rompió entonces su silencio.

—¿Le resultó molesto el tener que volver navegando por la noche, señor Murdock?

—No.

—Sin duda ha dormido muy poco.

—Con unas horas me bastan.

—Pero da la sensación de no encontrarse bien.

—¿Va a sustituirme en este trabajo?

—No —dijo Mayle, fríamente—. Tan solo pregunto.

—Reconozco que no estoy en mi mejor forma —susurró Clive.

—Ayer, al ver a aquella muchacha muerta, perdió el conocimiento. Costó mucho reanimarle. ¿Qué le sucedía, Murdock?

—No lo sé.

—Fue ridículo. ¿Nunca ha visto una mujer muerta?

—Muchas.

—Entonces, ¿por qué se impresionó?

—Reconozco que fue ridículo.

—Lo fue —dijo Mayle.

Durante algunos instantes permanecieron en silencio. Luego, Mayle le ofreció un cigarrillo.

—Me habían dicho que era usted uno de los mejores hombres del F. B. I., a pesar de su indisciplina. Stevenson me aseguró que pocas veces cumplía una orden y que, en el fondo, las consignas del servicio le importaban poco, pero que nadie le ganaba en valentía y en fortaleza física.

—Todos los hombres pasamos por malas rachas —musitó Clive.

—Pues espero que la suya no dure. Ayer no pude explicarle qué es lo que necesitamos de usted, en vista de su estado.

—Espero que pueda decírmelo hoy.

—Por supuesto —rio Mayle—. Por supuesto… Hoy sin falta. Pronto tiene que saber en qué consiste todo este maldito lío.

* * *

Otra vez la gravilla al desembarcar el coche. Y de nuevo la carretera bien pavimentada por la que rodaron durante dos horas.

Nuevamente oyó Clive, a través de la plancha del automóvil, el bullicio de la feria.

—¿Es que esta fiesta dura mucho? —preguntó.

—Toda una semana.

Los gritos, las músicas, las voces, eran tan familiares como la otra vez. Y también lo fueron las manos de los paseantes molestos, que golpearon a aquel coche que se metía entre ellos y estropeaba su fiesta.

Clive oyó aquel día, sin embargo, algo más. Algo nuevo y sorprendente: el llanto de un niño.

—Algún chiquillo no se siente feliz —susurró.

—Seguro que no.

Luego, casi al instante, aquel niño tosió.

—Ese chiquillo…

—¿Qué ocurre? —musitó Mayle.

—¿No ha oído su modo de toser?

—Sí. ¿Y qué?

—Tiene tosferina. Y en grado muy avanzado. Puede ser peligroso si no le atienden.

—¿Y qué quiere que yo le haga? No es asunto nuestro; ni usted ni yo somos médicos. Además, tenemos cosas más importantes en que pensar.

La tos había cesado, o al menos no se oía ya al dejarse el coche. Pronto los mil ruidos de la feria quedaron también atrás.

—Es una insensatez llevar a un chiquillo enfermo a esa fiesta —susurró Clive—. Y con la temperatura que está haciendo…

—Olvídelo.

Sí, Clive lo olvidó pronto. Tenía otras cosas en que pensar, y cada vez le parecían más extrañas. Estaba impaciente por llegar otra vez a la iglesia del día anterior.

Ahora no sonaba el órgano.

No se celebraba ninguna boda.

—No todos los días va a haber fiesta —explicó Mayle, mientras subían los peldaños.

Pero, sin embargo, ensayaba un coro infantil. Se oían las voces límpidas y dulces. ¿Diez voces? ¿Doce? Clive solo hubiera podido decir que eran maravillosas. Y se preguntó qué iglesia era aquella, que podía permitirse tener un coro de tan alta calidad.

Otra vez se cerró la puerta a espaldas de Clive, y el ruido cesó por completo.

—Puede quitarse la capucha.

Clive lo hizo. Vio, como el día anterior, la cripta. Y también, como la vez pasada, la mesa de mármol sobre la cual estaba el cadáver de la muchacha.

Solo que ahora había importantes diferencias en él.

La habían vestido por completo. Le habían puesto, incluso, sus medias color oro viejo.

En su cara había algo especial. Clive la miró atentamente.

—La han embalsamado, ¿verdad?

—Sí.

—Quiero ver la documentación de esta chica.

—¿Por qué? —susurró Mayle.

—Es asunto mío.

Mayle se la mostró. Los documentos estaban muy claros: Nora Suns, modelo, domiciliada en Nueva York, 808 de la Calle Sesenta y Uno Oeste. Aquello quedaba a la altura de la Avenida Décima.

El federal encendió un cigarrillo, tras devolver la documentación. Se sentía más tranquilo. Por un instante había llegado a pensar que la muerta fuese Hilde.

—¿Qué he de hacer? —susurró.

—Sacar este cadáver del país —dijo lentamente Mayle—. Pero debe hacerlo en el más absoluto secreto.

CAPÍTULO III

—Es evidente que correrá grandes peligros —declaró Mayle—. Es posible que traten de matarlo.

—¿Por qué?

—Este asunto interesa mucho el Departamento de Estado. Incluso puedo decirle que es vital. Y habrá quien trate de evitar que ese cuerpo llegue a su destino.

Clive oía el lento crepitar de las máquinas diésel mientras regresaba a tierra. Tenía aquel sonido metido hasta los sesos.

Debía ser muy tarde. Llegarían a Nueva York quizá a las tres de la madrugada, como la vez anterior.

Mayle fumaba incansablemente.

—¿Qué importancia puede tener el cuerpo de una mujer muerta?

—Es algo que no estoy autorizado a decirlo. Usted se limitará a hacer el transporte, naturalmente con documentación en regla, y a depositar el cuerpo en una determinada casa de París. Una vez hecho esto, su misión habrá cesado. Regresará a Nueva York y en paz.

—No parece tan difícil.

—Ni tan fácil. Deberá estar preparado para cualquier contingencia. Es muy posible que alguien trate de evitar que el cuerpo llegue a su destino.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué importancia tiene?

—Repito que no estoy autorizado a decirlo. Pero mañana deberá emprender el viaje, Murdock. Esta es su última noche en Nueva York.

—¿Debo irme tan pronto?

—Los muertos tienen toda la eternidad por delante, pero los vivos no. El asunto tiene que resolverse rápidamente.

—¿En qué viajaré? ¿En avión?

—En la línea regular de la «Pan American» Nueva York-París. El ataúd irá en el departamento de equipajes.

—¿Usaré mi nombre?

—Por supuesto. Y su documentación del F. B. I. ¿O qué creía? ¿Qué esto tiene algo de ilegal?

—Ya dudo de todo.

Mayle hizo caso omiso de aquel comentario.

—No dejará de ser un federal en ningún momento, Murdock. Y obrará como tal: no se fiará de nadie y se defenderá si le atacan. Terminar con éxito su misión, será para usted más importante que su propia vida.

Con voz ronca, añadió:

—Me han dicho que está acostumbrado a misiones semejantes. Y que es un hombre seguro.

—Hasta ahora lo fui.

—¿Quizá no está seguro de sí mismo, Murdock?

—Lo estoy, pero… necesito un día más en Nueva York.

—¿Para qué?

Clive volvió la cabeza.

—Tengo un amigo que va a morir.

⋆ ⋆ ⋆

Ella estaba como la otra vez, en el diván. Tenía las piernas alzadas y descansando en el respaldo. Llevaba medias negras porque se había vestido de luto. Muchas revistas hubieran pagado mucho dinero por poder fotografiarla así, y más de un hombre, por verla por el ojo de la cerradura, hubiese subido los peldaños a gatas.

Hilde musitó:

—Hola, pichón.

—¿Cómo has entrado?

—Como siempre, con una llave falsa.

Clive no despegó más los labios. Tomó un alto vaso y sirvió en él una larga ración de *whisky*.

—¿Con cubitos?

—Dos.

Se lo entregó. Hilde no había modificado en absoluto la posición de sus piernas.

—¿A qué has venido?

—Instrucciones.

Volvió a mover, como la vez anterior, la parte más saliente de su espalda. Y mostró el sobre que había tenido oculto allí.

También Clive conocía aquel papel perfectamente. Era como el otro. Como la maldita primera vez.

No sabía por qué, pero aquel asunto le desasosegaba. Era distinto de los demás. Le parecía macabro.

Las instrucciones resultaban sencillas, pero muy completas. Hora de salida del vuelo. Billete de primera clase hasta París. Resguardo para la recogida del ataúd una vez en la capital francesa. Certificados sanitarios en regla.

No faltaba nada.

Incluso había allí mil dólares en forma de «traveller chock». Y una sola consigna:

> «Diga a sus compañeros y jefes, si le preguntan, que está de vacaciones. Absolutamente a todos, sin excepción. Nadie se

sentirá extrañado, porque volverá dentro de dos días».

Clive guardó el sobre con su contenido.

—Hay algo que falla —explicó—. No sé a quién tengo que entregar el cadáver ni dónde lo encontraré cuando suba al aparato. Supongo que ya se encargarán de depositarlo en el avión. Pero, ¿quién vendrá a recogerlo en París?

—Un hombre llamado Dan. Te enseñará sus credenciales del servicio secreto.

Clive la miró fijamente.

—Hilde, ¿qué pintas tú en todo esto?

—Quiero que la muerte de mi hermana sirva para algo.

—¿Sabes quién la mató?

—Algún día te lo explicaré… todo. Al fin y al cabo, no falta tanto. Cuando regreses de París.

Clive guardó silencio. Se le nublaba la vista, y otra vez las rodillas le fallaban.

—¿Qué te ocurre?

—No sé. Quizá el *whisky* no me ha sentado bien.

—¡Pero si no has bebido!

Clive miró el vaso que tenía en la mano, aún a medio llenar.

—Es cierto… Estoy algo distraído. Perdona.

—Yo no te conocía, pero me habían dicho que eres un hombre de una fortaleza extraordinaria, Clive. Y ahora no lo parece.

—Tú me has dicho que querías probarme para ver si me dabas el empleo, preciosa.

—Pues no me has convencido del todo. Yo acostumbro a besar de otra manera más suave. Así…

Clive la hizo caer sobre el diván. Ella susurró:

—Bruto… Vas demasiado aprisa…

—Yo sé lo que me hago.

Por supuesto, Clive sabía lo que se hacía en aquel momento. Y aun así, no fue lo bastante rápido, porque la bala casi le rozó los cabellos.

El federal giró en fracciones de segundo, cubriendo a la muchacha con su cuerpo. El tipo que había disparado desde la ventana, tras subir por la escalera de emergencia, se agazapó. El disparo del 38 de Clive hizo añicos uno de los cristales.

Tumbó el diván, aprovechando que su enemigo no podía verle, y se parapetó tras el mueble, quedando tendido sobre la alfombra y con el revólver a punto.

—¿Cómo le has visto? —jadeó Hilde.

—Hubo un cambio en la luz que se reflejaba sobre la botella de *whisky* que está en esa mesita. Por ello deduje que alguien había abierto una ventana.

Pero no era el momento de hablar. El extraño enemigo, aunque había sido descubierto, aún significaba un peligro.

Clive no temía a la pistola, sino a otra cosa, y efectivamente, aquello fue lo que ocurrió.

Una bola negra penetró por la ventana abierta.

Clive dio por descontado que no se trataba de una bomba de metralla, sino de algo igualmente peligroso en aquellas circunstancias. Era una granada lacrimógena, encargada de dejarle indefenso mientras su enemigo le baleaba a placer.

Sonó una explosión ahogada dentro de la habitación y al instante esta se llenó de un humo blanco.

—¡Sal de aquí, Hilde! ¡Ve al cuarto de baño y abre la ventana! ¡Pronto!

Ella obedeció, gateando entre el humo. Aún no había llegado a la puerta cuando empezó a toser espasmódicamente.

Clive se había apretado uno de los cojines sobre la boca y nariz y avanzaba disparando hacia la ventana. Tenía que actuar antes de que el gas produjera sus efectos, o estaría perdido.

Su enemigo quedó sorprendido por la rapidez de la acción. Cuando intentaba saltar por la ventana, fue detenido por dos balas, que no le alcanzaron pero siluetearon peligrosamente su figura. Comprendió que al tercer disparo y estando casi materialmente encima, Clive no fallaría.

Caminando peligrosamente sobre la cornisa, penetró por otra ventana casi contigua y que daba a la escalera de emergencia. Clive salió tras él por dos razones: para perseguirle y para respirar aire puro, librándose así del insoportable picor que ya empezaba a sentir en los pulmones.

Mayle le había advertido que su vida correría peligro, y era cierto. Allí tenía la prueba.

Caminó también sobre la cornisa, en un precario equilibrio, sabiendo que un simple estornudo podía enviarle al vacío.

Su adversario había desaparecido, pero aún tenía posibilidades de alcanzarlo.

Clive iba a entrar ya por la otra ventana cuando de pronto una bala le agujereó una de las hombreras de la americana, le rozó el cuello y fue a perderse en el vacío con un largo aullido. El federal no esperó a ver desde dónde le disparaban.

Si vacilaba un solo segundo, estaba perdido.

Un segundo enemigo debía haber entrado en otro de los apartamentos asomándose por la ventana y tirando desde ella. Le confirmó en esta suposición el hecho de que otra bala le rozara la pierna izquierda, mientras él saltaba hacia el interior de la casa, cayendo sobre los peldaños de la escalera de emergencia.

El primer enemigo le esperaba allí. Se había agazapado en el tramo

inferior.

Los dos dispararon casi al mismo tiempo, y ambos fallaron. El desconocido porque debía estar muy nervioso; Clive porque tuvo que apretar el gatillo mientras rodaba escaleras abajo.

Al llegar el descansillo, solo iluminado por una luz de emergencia, disparó otra vez mientras el desconocido saltaba hacia abajo. Aquella luz hacía que las siluetas resultaran fantasmales y difusas. Clive tuvo la sensación de que esta vez había acertado.

Vio encogerse a su enemigo, y él trató de saltar por encima de la barandilla y llegar al tramo inferior para atraparlo vivo. Y consiguió saltar, pero la barandilla inferior no pudo resistir el terrible impulso de su cuerpo.

Cedió una pieza mal ajustada, y todo un tramo de la barandilla bamboleó peligrosamente. Clive lanzó un gemido, al resbalarle la mano con la que empuñaba el revólver. Sintió que volaba en el vacío y dio una vuelta completa de campana en el aire, antes de sentir que su cabeza chocaba con algo duro. Confusamente sintió que había llegado al descansillo inmediatamente inferior, pero esa fue su última sensación. Luego perdió el conocimiento.

«Me liquidarán —pensó confusamente—. Uno de ellos está herido, pero si el otro baja, es seguro que me atiza».

No supo si había recobrado el conocimiento un minuto o diez días después. Tuvo suficiente con saber que estaba vivo y que no se habían cumplido sus temores.

Vio muy cerca de su rostro una hermosa rodilla envuelta en una media negra. Vio también los hermosos ojos de Hilde y lo que había debajo, bastante debajo, de esos ojos.

Un policía gigantesco descendió dos peldaños.

—¿Se encuentra bien, amigo?

—Hombre, si me dejara solo con la chica me sentiría mejor…

—Ya veo que la cosa no es tan grave… Ha estado a punto de romperse la crisma al caer de un tramo a otro de escalera, compañero. Ha estado de suerte si el trompazo solo le ha tenido diez minutos sin conocimiento. Por cierto, ya he visto su placa, señor Murdock. ¿En qué puedo serle útil?

—¿Han registrado los apartamentos vacíos del edificio?

—Sí, pero no hemos encontrado a nadie. Si había dos pájaros, uno ha tenido tiempo de volar.

—¿Y el otro?

—El otro está herido. Lo hemos cazado en la calle.

—¿Quién es?

—No está identificado aún.

—Quiero ser yo el primero que hable con él. Puede ser un asunto muy grave.

—Por mí no hay inconveniente; espere, volveremos a su apartamento.

Clive sentía un terrible dolor de cabeza, pero pensaba que, después de todo, las cosas no habían marchado mal. Uno de los dos pájaros estaba en la jaula. Cantaría una ópera entera en cuanto se sintiese acorralado, y por él sabría el F. B. I. quién estaba detrás de todo aquel misterioso asunto.

En su apartamento apenas se podía entrar, pese a que Hilde había abierto ya todas las ventanas. Tuvieron que apretarse pañuelos sobre narices y boca y hacer funcionar todos los ventiladores antes de poder respirar normalmente.

El policía descolgó el teléfono y llamó a su jefe de patrulla.

—Aquí Slim. ¿Adónde han llevado al detenido, sargento?

Escuchó y colgó al cabo de unos instantes. Su rostro se había ensombrecido.

—No me dirá que ha podido emprender el vuelo también —masculló Clive—. Estaba herido.

—Precisamente por eso no podrá interrogarlo aún.

—¿Qué ocurre?

—Lo han trasladado al Hospital Sullivan, a la sala de urgencias. Su vida no corre peligro, pero han de hacerle una operación muy delicada. El médico dice que es imposible que pueda hablar antes de dos días.

—No tiré a matar —susurró Clive—. Tenía mucho interés en atraparlo vivo.

—Parece que la bala se desvió entre dos costillas y por poco penetra en el corazón. Fue un tiro de mala suerte para los dos. Pero es seguro que el fulano saldrá de esta. ¿No puede esperar dos días para interrogarlo?

—El caso es que mañana empiezo unas vacaciones un poco especiales —susurró Clive—. No puedo aplazarlas ni un momento. Pero dentro de dos días estaré aquí. ¿Ha dicho el Hospital Sullivan?

—Exacto. Habitación número uno. Es la destinada a los heridos que están bajo vigilancia. Oiga, ¿qué le ocurre?

Clive se había llevado una mano a la frente. Parecía sentir vértigo.

—Nada. No es nada.

—El sargento me ha preguntado si quiere que montemos un servicio de vigilancia.

—No es necesario —susurró Clive.

Sentía como si la habitación diera lentamente vueltas en torno suyo, pero no era a causa del último golpe recibido en la cabeza. No; él sabía bien que era otra cosa.

Hilde encendió un cigarrillo.

—No se preocupe, agente —musitó—. Le cuidaré yo… toda la noche.

El agente bizqueó.

—Oiga, ¿eso ocurre cada vez que uno se tira de cabeza por una escalera?

—Puede. ¿Quiere probar?

—Dígame desde qué rascacielos he de tirarme, nena.

—Tendrá que ser mañana. Hoy voy a tener mucho trabajo.

El patrullero hizo una mueca.

—Déjame aunque sea los restos, amigo —susurró, mirando a Clive.

Y salió.

Hilde se dejó caer de nuevo en el diván, pero ahora no guardaba ningún sobre debajo de ninguna parte.

Miró a Clive, que permanecía quieto en el centro de la habitación.

—¿Tan mal te encuentras, amor?

Clive seguía sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo, como en una extraña pesadilla.

Oyó, como si sonara muy lejos, la voz de la muchacha que refunfuñaba:

—La verdad… Yo creí que estas cosas terminaban de otra manera.

CAPÍTULO IV

«Desayune usted en Nueva York y almuerce en París. ¡Verá qué agradable sorpresa»!

Clive depositó en el sobre que había en el respaldo del asiento delantero el folleto de propaganda de la «Pan American». Luego cerró un momento los ojos, mientras sentía que el poderoso DC-8 iniciaba el descenso.

El vuelo había sido perfecto. Y como navegaban en contra del movimiento de rotación de la tierra, Europa se había acercado a ellos insensiblemente, aparte la velocidad del aparato. Casi sin darse cuenta, estaban a punto de llegar.

La azafata avanzó taconeando. «Tienes las caderas demasiado escurridas, nena —pensó Clive—. Para modelo puedes servir, pero solo para eso».

—¿No se abrocha el cinturón de seguridad, señor?

—Ah, sí, perdone.

El gigantesco aparato daba una lenta vuelta «turística» por encima de París. Se divisaba perfectamente aquella especie de periscopio ciudadano que era la Torre Eiffel, la maravillosa simetría de L'Etoile, la densidad abigarrada de la Plaza de los Vosgos y el barrio de Saint Antoine. Clive había vivido malas aventuras en París la última vez que estuvo allí, aposentado en el diabólico hotel del barrio de Suresnes[1], pero siempre le parecía maravilloso regresar a aquella ciudad llena de vitalidad, de sorpresas, de mujeres bonitas y de hombres tolerantes. Lástima que esta vez solo estaría allí unos minutos.

Las rectilíneas pistas de Orly aparecieron ante sus ojos. El avión terminaba su amplia curva y ahora enfilaba el asfalto.

Se posaron suavemente, y pronto pudieron descender. Clive consultó su reloj de pulsera. Eran las doce menos cinco minutos.

Un tipo alto, jadeante, vistiendo una gabardina negra, se acercó a la escalerilla cuando él aún no había descendido del todo.

—¡Murdock!

El tipo tenía una pinta de americano que tumbaba de espaldas. Y parecía un agente secreto de las películas, para desgracia suya. Los sospechosos a quienes persiguiera debían tirotearle incluso con «bazookas» en cuanto doblase la esquina. Era imposible que un tipo así pasara desapercibido.

Clive se volvió hacia él.

—¿Es Dan?

—*Okey*… Mire mi placa.

Se la mostró en la palma de la mano. Clive, precavido como siempre, la miró con atención.

—Celebro conocerte, Dan. ¿En qué sección trabajas?

—Servicios especiales. Hace bastantes años que me voy pudriendo por Europa. Oye, Murdock, tenemos que darnos prisa.

—Prisa, ¿para qué?

—¡Para sacar el *cadáver* enseguida, diablos!

—Pero, ¿por qué?

—¡Ya te explicaré! ¡Vamos!

Clive dedujo que alguien estaba sobre su pista y que podían ser tiroteados de un momento a otro. Estando al lado de aquel tipo de la gabardina negra, la confusión era imposible. Miró a todas partes, temiendo que los estuvieran encañonando ya.

Pero la angustia de Dan no parecía venir por aquel lado. Nadie parecía perseguirles.

Evidentemente, tenía prisa por otra cosa.

Subieron en el autobús que había de llevarles al gran vestíbulo de recepción. No cambiaron una palabra, aunque Clive miraba atentamente en torno suyo.

Ninguna sorpresa. Ningún encuentro desagradable.

Llegaron al enorme vestíbulo y Dan corrió hacia el departamento de equipajes.

—¡Vamos! ¿Tienes la documentación a punto, Clive?

—Sí. Todo en orden.

—Por favor, dámela.

Parecía dominado por una atroz angustia que Clive Murdock era incapaz de comprender. Vio cómo su nuevo compañero ponía un billete de cien francos en la mano de uno de los empleados.

—Necesitamos que saquen enseguida este bulto. Vea la documentación. Está en regla.

El empleado miró los papeles rápidamente.

—Pero, ¿qué es esto? ¿Un ataúd?

—Sí, pero está todo en regla —insistió ansiosamente Dan—. ¡Todo perfecto! Mire, el ataúd es de cinc y está debidamente soldado. Va en un cajón de madera lacrado también. Los controles sanitarios de Estados Unidos están aquí. ¡Vamos, dese prisa!

Miraba angustiosamente su reloj a cada momento. Seguía con ansiedad los movimientos del empleado mientras este hablaba por teléfono con el personal de pista para que dieran preferencia a la descarga de aquel bulto.

—Pero, ¿qué ocurre? —musitó Clive, sin comprender.

—¡No podemos perder un minuto!

Vieron, a través de las grandes cristaleras, cómo el enorme cajón era cargado a una carretilla mecánica y conducido a buena velocidad al

departamento de equipajes.

Dan murmuró:

—Ahora solo falta el control sanitario francés, pero eso no tiene importancia. Ya lo tenemos aquí…

El monumental cajón, en el cual descansaba el cadáver embalsamado de Nora, acababa de entrar por una de las grandes puertas. Con él venía uno de los altos empleados del aeropuerto de Orly.

Señaló con el índice uno de los sectores del enorme departamento de equipajes.

El empleado que antes había hablado con Dan se rascó pensativamente una oreja, mientras se acercaba al mostrador con la documentación en la mano.

—Lo siento —dijo a Dan.

—¿Qué ocurre? ¿Hay dificultades?

—Son ya las doce y cinco, señor.

—Las doce… y cinco.

Dan había comprendido. Parecía como si sobre su cabeza se hubiera abatido una losa de plomo.

—La huelga del personal del aeropuerto empezaba a las doce en punto, señor. Han venido a recordárselo ahora.

—Pero… ese bulto… ¡Solamente ese! ¿No pueden entregármelo?

—Lo lamento de verdad, señor. Son órdenes rigurosas del sindicato. Huelga de tres días, hasta las doce del lunes. Me es completamente imposible mover un solo bulto. Ahora mismo he de abandonar mi puesto.

Dan pasó de la desolación a la rabia.

—Oiga, amigo, voy a partirle las narices. ¡Ese bulto lo cargaré yo mismo si hace falta!

—Lo siento, pero no podrá tocarlo.

—¡Ahí dentro hay un muerto! ¡No puede quedarse así!

—Está embalsamado y los papeles se hallan en regla. Podría quedarse ahí tres meses si hiciera falta. He corrido tanto como me ha sido posible, amigo. Repito que lo siento.

Devolvió la documentación a Dan, que estaba lívido, y se alejó. Inmediatamente se presentaron varios gendarmes en el departamento. Todos los bultos quedaron custodiados.

Los pasajeros protestaban. Muchos de ellos solo tenían sus maletines de mano. Dan se puso a chillar y a maldecir con acento de Manhattan.

Clive le tiró suavemente de la manga.

—Hala, vámonos de aquí.

—Pero… ¡tengo que llevarme ese bulto!

—Será imposible. No te lo van a dar. Y estás llamando demasiado la

atención.

—Pero… ¡no puedo esperar tres días!

—¿Por qué no?

—La misión es importante… —Dan suspiró con cansancio—. Bueno, esto ha sido como una fatalidad. Ya comprendo que tienes razón. Será imposible sacarlo de ahí.

Salieron del departamento, dirigiéndose a uno de los bares del aeropuerto. Allí, Dan encendió un cigarrillo con manos temblorosas.

Por poco se quema los dedos.

—¿Qué te pasa? —masculló Clive—. ¿No ves cómo has cogido ese cigarrillo?

—Es verdad, no me había dado cuenta. ¡Ya no sé ni lo que me hago!

—¿Esperabas esta huelga?

—Han informado a última hora. Los del sindicato no habían avisado esta vez, cuando siempre lo hacen. ¡Es absurdo!

—Bueno, de todos modos han fastidiado tu misión, muchacho. Pero solo de momento.

—No sé qué hacer.

—Esperar tres días. ¿Qué remedio te queda?

—Pero…

—No va a ocurrir nada. El cadáver se quedara custodiado ahí. ¿O es que la operación dependía de una fecha concreta?

—En cierto modo, sí.

—Me pregunto si puedo ayudarte en algo —susurró Clive.

—No. Ya no puedes hacer nada aquí. Tu misión ha terminado.

Clive sonrió.

—No ha sido un trabajo demasiado difícil.

—¿No has corrido peligro?

—Intentaron balearme en Nueva York, pero eso ha sido todo. En mi vida he pasado por apuros mucho mayores.

Pan encargó dos *whiskys*. Su nerviosismo no amainaba. Bebió el contenido de su vaso ansiosamente, mientras Clive le observaba.

—¿Tú no bebes?

—Prefiero un vaso de leche.

—También son manías…

Dan se bebió el *whisky* de su compañero, mientras el *barman* servía un vaso de leche a Clive. Este la bebió sin ganas, después de azucararla mucho. Tuvo la sensación de que su compañero no le entendía. ¿Por qué pedía leche, si no le gustaba?

—Entonces regresaré a América —dijo Clive—. Me gustaría estar unos días en París, pero quiero interrogar al hombre que me atacó. Está herido y quizá sepa algo.

—¿Esas fueron todas las dificultades que tuviste en Nueva York?

—En la aduana y en los servicios sanitarios me fastidiaron bastante.

Tengo la sensación de que, sin mi placa del F. B. I, no hubiera podido salir tan pronto.

Dan encendió otro cigarrillo. Y nuevamente estuvo a punto de quemarse los dedos con el fósforo.

—Pero, ¿qué te ocurre? —masculló Clive—. ¿Por qué sujetas el cigarrillo así? Tus dedos están casi en la punta.

—Me siento nervioso, muy nervioso… Perdóname.

—No tiene importancia. Todos hemos estado nerviosos alguna vez. ¿La huelga afecta a los vuelos regulares entre Europa y América?

—No. Para mala suerte nuestra, solo se refiere a los servicios interiores de Orly. Los viajeros podrán salir, pero tendrán que cargar y descargar ellos mismos sus equipajes. ¡Maldita sea! ¡Por unos minutos! ¿Cómo no habremos llegado a tiempo?

—Tú lo has dicho. Ha sido mala suerte. Vamos, no pienses más en ello. Tú has hecho todo lo que estaba en tu mano.

Dan se encogió de hombros.

—De acuerdo, tendré paciencia. Tres malditos días… ¡Condenada huelga! Ven, te tramitaré el billete de vuelta.

Fueron a las oficinas de la «Pan American». De pronto, Clive se detuvo. Otra vez le acometía aquella sensación de vértigo.

—¿Qué te pasa?

—No es nada.

—Pues tienes mala cara…

—Ya pasó. Vamos.

No hubo dificultad para el billete. Clive Murdock podía salir, si lo deseaba, una hora después. En primera clase quedaba una plaza.

Dan esperó con él, hasta que llamaron a los pasajeros. Bebió incansablemente, pero no volvió a fumar. A veces se pasaba las manos que le temblaban nerviosamente, sobre la gabardina negra.

Aquella vez, Clive Murdock no pudo ver nada de París. No le fue posible conocer a ninguna chica, ni se expuso tampoco a que le partieran la cabeza.

Su viaje fue como el de uno de esos hombres de negocios que siempre tienen deudas pendientes, asuntos y líos a un lado y otro del Atlántico. No se había dado apenas cuenta de lo ocurrido cuando ya estaba de nuevo volando sobre las pistas de Orly.

Lo último que recordó fue el monumental cajón que guardaba los restos de la pobre Nora. Estaba allí como un bulto cualquiera, como otros centenares más que llenarían los departamentos de equipajes hasta que terminase la inesperada huelga.

Tres días.

Clive no dio ninguna importancia a este plazo, mientras encendía un cigarrillo al tomar altura el nuevo DC-8 en el que viajaría durante ocho horas más.

Tres días…

Pronto ese plazo, en el que ahora casi no pensaba, le parecería el asunto más importante, más dramático, de su vida entera.

CAPÍTULO V

El aeropuerto Kennedy le produjo una extraña sensación de vacío. Había niebla, y apenas unos pabellones se distinguían desde los otros. Casi ninguno de los vuelos programados para aquella tarde había podido despegar.

Daba la sensación de que aquel mundo ultramoderno y bullicioso había quedado dramáticamente vacío.

—Al Sullivan Hospital.

El taxi rodaba a gran velocidad por las calles vacías a aquella hora. Los rascacielos de la parte alta de Manhattan —el Chrysler, el Empire, el Rockefeller, el Pan American—, destacaban emergiendo de la niebla baja que se arrastraba desde el río. También Nueva York parecía vagamente muerto. Extrañamente siniestro.

El Sullivan Hospital era viejo, pero estaba bien acondicionado. Clive Murdock fue directamente a la habitación número uno, pensando que quizá tendría oportunidad ya de interrogar al hombre que le atacó en su apartamento.

Claro que, después de todo, la cosa carecía de importancia. ¿No estaba ya entregado el «bulto» en París? Pero Clive no quería dejar aquel asunto a medio terminar.

Tenía que interrogar a aquel tipo y luego, sin pérdida de tiempo, ir a ver a Johnny.

Ver a Johnny…

Nuevamente Clive Murdock sintió una, para todos, incomprensible sensación de vértigo.

Pero él sabía lo que le ocurría.

Lo sabía demasiado bien.

* * *

El agente que estaba ante la puerta de la habitación número uno le miró con extrañeza.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Quién es usted?

—Ahí dentro, en esa jaula, tiene un pájaro.

—Sí. ¿Y qué?

Clive mostró su placa.

—Quiero verle el pico.

—No puede. El doctor ha dicho que no se le moleste.

—Solo quiero saber cómo sigue.

—Bien, pero no puede verlo. Las órdenes que tengo son concretas.

Si quiere que le haga caso, traiga una orden por escrito.

Clive se encogió de hombros.

—No lleva usted el revólver bien ajustado, amigo.

—¡Deje mi revólver! ¡No lo toque!

—¿No se fía de mí? Solo he querido ajustárselo bien, amigo.

—¡Pues no lo vuelva a tocar!

—Bueno, hombre, no se ponga así… Al fin y al cabo, somos compañeros. ¿Un cigarrillo?

—He tomado el relevo hace solamente diez minutos y entonces estaba harto de fumar… Bueno, se lo acento… con tal de que se largue.

—Me iré, amigo. ¿Fuego?

—Bien.

—Va a quemarse los dedos. ¿Por qué sujeta el cigarrillo de ese modo, casi por la punta?

—No me había dado cuenta.

La frase quedó como suspendida, como colgada en el aire. De pronto, el agente sintió como si una maza le golpeara en las costillas, dejándole sin respiración. Quiso llevar la derecha al revólver, pero este ya no estaba en su sitio.

En cambio, Clive llevaba ahora un pedazo de acero entre sus dedos. El calibre 38.

Dio con él un terrible golpe en la nuca a su adversario, y luego le propinó dos culatazos en la nuca. Lo dejó completamente atontado, hundido. El tipo se arrugó como una montaña de natillas.

—Tu revólver estaba caliente, amigo —susurró Clive—. Acababas de disparar con él.

Palpó el cuerpo inanimado del falso policía, encontrando sin dificultades el silenciador. Eso era lo que había impedido que el disparo se oyese. Ahora, Clive ya no tenía ninguna duda.

Empujó la puerta, y en su rostro se dibujó una expresión de desaliento. Esperaba aquello, pero el comprobarlo le hizo lanzar una exclamación de rabia.

Había llegado tarde.

Diez minutos tarde. Todo el tiempo que llevaba en su puesto el falso policía, después de relevar a otro policía que debía ser auténtico.

El hombre que le atacó la noche antes estaba medio caído del lecho. Por su boca ridículamente abierta resbalaba aún la sangre. Una bala disparada a muy corta distancia le había marcado un tercer artificial entre sus dos ojos naturales.

Ya no hablaría más. Ya no causaría problemas. Clive se volvió rápidamente, saltando hacia la puerta. Ya que no podía cazar a un pájaro, cogería por lo menos a otro.

Abrió la puerta, mirando hacia el suelo, pero el falso policía ya no estaba allí. Lo vio correr hacia el extremo del pasillo, donde estaba la

salida.

Clive alzó su 38.

—¡Quieto!

El otro no obedeció. La bala de Clive fue a una de sus piernas. Erró por media pulgada un blanco que antes no hubiera fallado jamás.

¿Qué le ocurría?

El dominó su pasajero desvanecimiento. Levantó el revólver otra vez, mientras se apoyaba en la pared.

Pero ya el disparo había ensordecido todo aquel sector del hospital. Una de las puertas de cristales se abrió, y otro agente, este seguramente auténtico, apareció en el umbral pistola en mano.

—¡Trata de matarme! —gritó el falsario—. ¡Tira, amigo!

El agente recién aparecido no se hizo rogar. Apretó el gatillo, tirando también contra las piernas de Clive.

«Menos mal que quieren cazarme vivo», pensó el federal.

Su salto ya le había llevado a la habitación donde yacía el cadáver. La bala le rozó solamente al tobillo, produciéndole un calambre, pero ninguna herida seria.

Ahora Clive miró en torno suyo desesperadamente. No podía explicar al agente lo que ocurría, ni esperar a que este le descargara un nuevo balazo.

Solo tenía una salida: ¡Escapar cuanto antes! ¡Huir!

La ventana de aquella habitación tenía cristales a prueba de balas y cerradura de seguridad, pero aquella cerradura no resistió dos buenos balazos a quemarropa.

El federal consiguió abrir la ventana cuando ya los pasos del policía resonaban junto a la puerta. Se lanzó de cabeza, y una bala fue tras él. Rodó sobre la hierba del pequeño jardín del hospital, mientras trataba de avanzar hacia la zona de sombras con toda la agilidad de que era capaz.

El agente asomó por la ventana. Por fortuna para Clive había cerrado ya la noche completamente. L as balas mordieron los tallos de hierba, disparadas al azar.

El tumulto, dentro del hospital, era espantoso.

Clive vio un coche aparcado al otro lado del seto y se arrastró hasta colarse debajo de las ruedas. Ágilmente se escurrió hasta el otro lado, donde teóricamente podía considerarse a salvo.

Como el tumulto crecía por momentos, y nadie sabía quién perseguía a quién, se deslizó fácilmente hacia la salida. Una ambulancia entraba aullando en aquel momento y estuvo a punto de atropellarle.

El conductor frenó bruscamente.

—¿Pero qué es eso? Ese tipo…

El «tipo» había desaparecido ya. Clive acababa de ser tragado por las sombras. Corrió hasta la inmediata parada de taxis y tomó uno de ellos,

diciéndole que le llevara a Long Island.

Aquello estaba bien alejado del domicilio de Johnny, pero se trataba de una precaución elemental.

Luego sus perseguidores, fingiéndose agentes de la Ley, interrogarían a todos los taxistas de la parada. Clive tomó a continuación un ferrocarril suburbano y se plantó en la calle Treinta y Cinco. Allí alquiló otro taxi hasta el Bronx.

Se sentía muy cansado, desorientado, cuando llegó a la casa de Johnny.

Afortunadamente, ya habían cesado sus dolores de cabeza.

Sonia no estaba esta vez. Había salido. Pero el conserje del edificio, que conocía a Clive, le entregó la llave.

—La señora la dejó aquí por si venía el médico. ¿Va a subir?

—Sí, gracias:

Johnny estaba medio dormido. Una sola ojeada bastaba para darse cuenta de que estaba algo peor que un día antes. Parecía sentirse más abatido, sin fuerzas.

Volvió la cabeza débilmente.

—Clive…

—Hola, Johnny.

—¿Dónde estuviste?

—Te extrañará, pero estuve en París.

—¿Algún trabajo?

—Algo así…

—Te encuentro raro, muchacho.

Clive se sentó junto a la cama. Sus dedos se entrelazaron nerviosamente, mientras apretaba los labios.

—Oye, Johnny…

—¿Qué, muchacho?

—Estoy metido en un buen lío. Metido hasta el cuello.

—¿Qué clase de lío?

—Toma un cigarrillo.

—Sabes que no puedo fumar. El médico me lo ha prohibido rigurosamente.

—Es solo para saber cómo lo sujetas. Tómalo.

Lo tomó normalmente. Luego volvió a entregárselo a Clive.

Este extrajo otro cigarrillo, y lo unió al primero por medio de una tirita de esparadrapo que encontró en el botiquín del cuarto de baño. Quedaban así dos cigarrillos unidos, uno detrás de otro. Clive se lo entregó a su amigo.

—¿Qué es esto?

—Tómalo.

—Bueno, si tú lo dices…

Johnny lo tomó. Como el cigarrillo era muy largo, lo sujetó

espontáneamente por la mitad.

Clive se mordió el labio inferior.

—Gracias, Johnny.

—¿Pero qué ocurre? ¡Esta noche no hay quien te entienda!

—Imagina que tú fumaras siempre cigarrillos así de largos.

—Imaginado. ¿Y qué?

—¿Qué sucedería cuando, alguna vez, te dieran un cigarrillo normal?

—Pues… Supongo que, sin querer, lo sujetaría algo más arriba de lo normal. Casi por la punta. Si me diera cuenta sería distinto, pero un fumador siempre toma los cigarrillos de un modo maquinal, sin pensar en su gesto.

—Correcto, muchacho.

—¡Qué correcto ni qué diablos! ¿Qué es lo que buscas con todo esto?

—Johnny, tú has viajado mucho, como yo, en misiones de servicio que a veces han sido limpias y otras fueron cochinas. Conoces casi todos los cigarrillos del mundo. ¿Dónde se pueden encontrar unos que sean tan largos como este?

—Pues… los rusos los fuman. Sus cigarrillos llevan un filtro extra-largo. Bueno, más que un filtro una boquilla… Están hechos así a propósito para que la gente los pueda fumar durante el invierno. Tienen que sujetarlos con guantes muy gruesos, y un cigarrillo normal se les perdería entre los dedos.

—Bien pensado, Johnny. Eso es todo.

—¿Es que… estás metido en algún lío con los rusos?

—No tengo la seguridad de que lo sean. Pueden ser hombres que vivieron mucho tiempo en Moscú y se habituaron a fumar de ese modo. Los cigarrillos rusos también se exportan a otros lugares, por ejemplo China. Y se vendían en parte de Indonesia. Es posible que esos hombres hayan vivido durante años en regiones frías del Norte, y que sean perfectos conocedores de varios idiomas. Quizá no están sometidos a un régimen político determinado. O puede que solo sean simples mercaderes que trafican por su exclusiva cuenta…

—¿Pero de qué hombres hablas? ¿Qué demonios me explicas, Clive?

—Johnny, tengo la sensación de que me han engañado. Por primera vez en mi vida, he caído en una trampa.

—¿Qué trampa?

—Si eso se sabe, seré expulsado del FBI. Mi carrera habrá terminado por completo.

—Si no te explicas no voy a entenderte.

Clive rompió nerviosamente en varios pedazos los cigarrillos y los arrojó sobre la alfombra.

—Tú conoces a Stevenson, ¿verdad, Johnny?

—Pues claro… El gran buitre. El de las misiones especiales. En su guarida no hay quien entre.

—Pero él podía tener la suficiente confianza en alguien, por ejemplo, un amigo, para hacerle esperar allí durante un determinado tiempo. Media hora, quince minutos tal vez.

—No es normal, pero… todos sabemos que se cometen esas irregularidades. Mi mujer, cuando estaba en los servicios federales auxiliares, se hartó de encontrar en los despachos oficiales a las esposas de altos funcionarios, y hasta a las amigas de las esposas. De vez en cuando todos sabemos que eso ocurre, hasta que sucede algo y hay un escarmiento.

—Muy bien. Supongamos que Stevenson tuvo la suficiente confianza en alguien como para permitirle estar aguardándole en su propio despacho. Pensemos que ese alguien conocía de antemano el tiempo durante el cual tendría libertad de acción, es decir, que estaría solo, y me citó. Sabía que yo no podría sospechar fundadamente de quien estuviera ocupando aquel despacho. Además, en servicios especiales nadie conoce a nadie. Supongamos también que tuviese documentos perfectamente imitados, de esos cuya falsedad solo se descubre al microscopio. A simple vista, yo no podía darme cuenta.

Johnny levantó su pálida cabeza.

—Muchacho… ¿qué ocurre?

—Alguien ha querido utilizarme para sacar de Estados Unidos un paquete muy especial.

—¿El qué?

—Un cadáver.

—Eso no tiene sentido…

—Por supuesto que no lo tiene. Yo no sé qué importancia tiene ese cadáver en el asunto, pero hay algo indudable. Para *ellos* resultaba casi imposible sacarlo del país sin despertar sospechas. En cambio yo podía lograrlo. Tengo documentación auténtica del FBI, me conocen en muchos lugares y a veces sé arreglármelas para solventar las dificultades que se presentan. Conmigo tenían una especie de seguro para que el bulto llegase a París.

—¿A París? ¡Entonces tú ya has estado allí!

Clive movió las manos tristemente.

—Por supuesto.

—¿Y… lo has entregado?

—Claro que sí. ¿Qué diablos podía sospechar yo? Pero no está todo perdido.

Miró el vaso vacío que había sobre la mesilla. Johnny había bebido el vino esta vez.

Continuó sin mirarle:

—Una causa imprevista, la única casualidad afortunada, ha hecho imposible que el falso agente que estaba en París pudiera hacerse cargo del cadáver.

Huelga de tres días en todos los servicios del aeropuerto de Orly. El enorme cajón precintado de madera, conteniendo el ataúd y el cadáver, estará inmovilizado todo ese tiempo, sin que el falso agente tenga oportunidad de sacarlo.

—Por consiguiente dispones de tres días… Bueno, dos y medio. Haz una denuncia oficial. Nuestros hombres de la Embajada en París resolverán el asunto fácilmente.

Clive movió la cabeza con desaliento.

—No puedo, Johnny. No solo me hundiría yo, sino que también hundiría a Stevenson. Le pedirían cuentas por lo que ocurrió en su despacho. Además no nos serviría de nada, porque el «amigo» habrá huido ya.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

Clive se puso en pie y dio unos pasos nerviosos por la estancia.

—Tengo que resolver el asunto yo solo… en dos días y medio.

—No podrás…

—Nada es perfecto en este mundo, y los que organizaron el mejunje se dejaron dos pistas. En primer lugar, tenían que justificar el que Stevenson se hubiera fijado en mí y me hubiese hablado de un alto secreto. Si nadie intentaba nada contra mí, yo podía extrañarme de tanto aparato para una misión tan fácil. Entonces enviaron a dos pistoleros profesionales para asustarme, no para matarme. Yo debía tener la sensación de que corría un grave peligro y terminar mi trabajo pronto. Logré herir a uno, porque no tiré a matar yo tampoco, y quedó internado en el Sullivan Hospital. Hace poco lo han asesinado, para que no se fuese de la lengua. Unos minutos de adelanto y hubiese logrado salvarlo.

—Eso indica que los organizadores del plan no se detendrán ante nada. ¿Cuál es la segunda pista, ya que la primera no te sirve para maldita la cosa?

—El que lo dirigía todo parecía ser un fulano llamado Mayle. ¿Sabes, Johnny? Hay cosas extrañas en la vida. Cuando vi a Mayle me pareció un tipo muy listo e instintivamente dudé de él. Esta mañana, en París, he recelado también al ver cómo sujetaba un cigarrillo el hombre a quién yo creía un agente auténtico. Y hace poco he desconfiado al oír cómo un policía hablaba exactamente con el mismo acento que el hombre de París. Los dos parecían haber sido educados en la misma escuela. Muy bien… Te digo todo esto, porque de ahora en adelante solo de mis sensaciones podré fiarme. No tengo ninguna pista concreta. Solo jirones de cosas que parecen entrevistas en un sueño.

Johnny se había apoyado en un codo y le miraba fijamente. Sus

labios temblaron un momento.

—¿Qué quieres decir?

—Mayle me hizo conducir a un lugar donde se encontraba el cadáver. Necesitaba dar a todo aquello un cierto aparato de normalidad. No hubiera sido lógico que ya enseguida me embarcase con el bulto. Era indispensable que me «madurase» un poco.

—Desde luego. ¡Y esa sí que es una buena pista! Entonces no tienes más que volver allí y…

—No sé dónde está ese lugar.

—¿Cómo?

—Me llevaron en un «coche ciego». Ya sabes lo que es eso. No vi absolutamente nada. Luego me embarcaron y me llevaron al sitio donde estaba el cadáver. Pero debo establecer un orden. Anotaré exactamente lo que ocurrió las dos veces.

Tomó un papel y escribió:

«COCHE HASTA LOS MUELLES. ¿EAST SIDE? ¿WEST SIDE?»

—Esa es la primera cuestión que tengo que averiguar. Dónde embarqué.

—¿Cuánto tiempo navegaste? Imagino que tendrían la precaución de que el coche entrara dentro de la nave.

—Así fue. Navegamos unas cuatro horas, pero no sabría decirte en qué rumbo. La nave, intencionadamente, hacía virajes y me desorientaba por completo.

—Pues sí que estás listo… A lo mejor te hicieron volver a Nueva York y tú sin enterarte.

—Es posible, muchacho. Me avergüenza reconocerlo, pero así es. No sé adónde me llevaron.

Anotó:

«TIEMPO DE NAVEGACION Y RUMBO».

—Ya tienes el segundo problema —dijo Johnny.

—Y es de los peliagudos. ¿Qué más?

—Desembarcamos en una zona donde había mucha gravilla. Rodamos durante media hora, hasta alcanzar una carretera firme y bien construida. Allí estuvimos viajando dos horas más. Por cierto, pasamos por en medio de una fiesta al aire libre. Una feria.

—¿Una… feria? Ese es un dato muy interesante.

—Interesantísimo. Espero que me ayude de una manera decisiva. Oía los ruidos y la música con perfecta claridad, e incluso alguien golpeó el coche. Molestábamos a la gente al pasar por entre ella, aunque

fuera a poca velocidad.

—La cosa ya no está tan mal... ¡Sigue!

—Nuestro viaje terminó en una iglesia. Debía ser una iglesia importante, con un magnífico órgano y un no menos estupendo coro de voces infantiles. El primer día se celebraba allí una boda, y el segundo día el coro ensayaba. A mí no me quitaron la venda hasta llegar a una especie de cripta donde estaba el cadáver. Para llegar a la iglesia subimos cinco peldaños de piedra, y luego entramos por una puerta lateral.

Johnny, a pesar de la fatiga creciente que parecía dominarle, reflexionaba con intensidad. Intentaba con todas sus fuerzas hallar una solución para el problema en que se encontraba su amigo.

Al fin susurró:

—Creo que no averiguarás nada buscando el lugar en que te embarcaron ni tratando de calcular el rumbo que siguió la nave. En cambio pueden serte de gran utilidad los dos últimos datos de que has hablado. La feria se celebraría sin duda en una pequeña población, y eso limita mucho el campo de la búsqueda. Además... ¡además no deben celebrarse demasiadas ferias en nuestro país con este tiempo tan frío!

—A menos que me llevaran muy al sur —susurró Clive—. Allí el clima cambia... Pero no. Cuando salí al aire libre, tenía la misma sensación de frío que antes.

—Cómo te digo, eso limita mucho la zona en que debes buscar. Una vez localizada la feria, ya no será tan difícil encontrar la iglesia. Allí deben tener ellos su cuartel general. No en la misma iglesia, sino en algún departamento adyacente. ¿Dices que te hicieron entrar por una puerta lateral?

—Exacto.

—No me extrañaría que el cerebro director de todo esto simulara ser una persona muy piadosa. O tal vez esté al cuidado del cementerio que puede haber al lado de la iglesia. Muchas de ellas lo tienen, en las zonas campesinas. Tú has hablado de que te hicieron entrar en una cripta, y eso me da la razón.

Clive Murdock comprendió que su amigo estaba en lo cierto. Lo primero que necesitaba era un programa completo de todas las ferias que se celebraban en el lado atlántico de Estados Unidos. No sería difícil conseguir eso.

Sus misteriosos enemigos habían cometido una grave equivocación al hacerle atravesar un sitio que podía ser identificado tan fácilmente. Y él se encargaría de que aquel error le costase caro.

—Hay otros dos caminos —siguió diciendo Johnny—. Uno, preguntar a Stevenson con qué amigo tiene tanta confianza como para dejarle solo en su despacho. Pero el muy buitre te molerá entonces a

preguntas y no tendrás más remedio que decirle la verdad, cosa que de momento no te interesa.

—Y el otro camino —opinó Clive—, será averiguar qué personas reclamaron en la Morgue el cadáver de Nora, ¿no es así?

—Exacto. Y te aconsejo que empieces a trabajar cuanto antes.

Clive encendió un cigarrillo. Tenía una ventaja, y era que sus enemigos no sospechaban que él estaba alerta. Podía atraparles desprevenidos, pero… ¡pero el tiempo pasaba tan aprisa!

Incluso era posible que hubiera un arreglo para la huelga de Orly, y que los sindicatos ordenaran reanudar el trabajo. Entonces el ataúd sería despachado y él ya no daría nunca más con la pista de "Dan». No se puede buscar a ciegas por Europa.

Se dirigió a la puerta.

—Abur, Johnny.

—Abur, Clive. Y suerte.

—La necesitaré, muchacho.

Salió a la calle, que estaba oscura y solitaria a esa hora. La parte del Bronx en que vivía Johnny resultaba agradable, pero muy aislada. Calles en construcción, bloques de casas nuevas y vacías… A veces las parejas se besaban entre las sombras.

Como la que estaba allí, junto a la fachada de una casa, a la entrada de un callejón destinado a carga y descarga.

Clive sujeto al hombre por el cuello del abrigo, lo levantó en vilo y lo envió de un gancho al centro de la calzada solitaria.

Sonia se quedó con los labios aún entreabiertos, sorprendida, sin saber qué era lo que había sucedido allí.

El hombre extrajo un pequeño revólver. Iba muy bien vestido, y además era extraordinariamente guapo, pero tenía un sospechoso aspecto de caballero que vive a costa de las damas. Clive recordaba vagamente haberle visto actuar de extra en algunas películas.

Pero no perdió tiempo en averiguar si estaba en lo cierto. De un puntapié a la mano del individuo, envió el revólver lejos. Luego lo levantó, sujetándolo por las solapas.

El desconocido trató de clavarle la rodilla en el bajo vientre. Falló por poco, porque Clive se apartó a tiempo. Dos terribles ganchos a la mandíbula enviaron al tipo por tierra. Un golpe de canto contra la nariz le removió el cerebro y le dejó sin sentido definitivamente.

Luego, Clive se acercó a la mujer. Los labios de Sonia aún seguían entreabiertos.

—Me has interrumpido en lo mejor… —susurró ella.

—Claro, nena.

—Alguien debería continuar la caricia.

—Por supuesto.

—Seguro que tú besas mejor que él, Clive.

Los labios de Sonia temblaban. Sus ojos brillaban quieta y extrañamente. Alzó el rostro.

—Seguro que beso mejor que él, nena.

—Demuéstramelo.

Clive la sujetó en sus brazos. Cuando Sonia creía que iba a besarla, sintió retorcidas una de sus manos.

—Déjame. Me… ¡me matas!

—¿No buscabas emociones fuertes, pequeña?

La hizo volver de espaldas, la sujetó por la nuca y golpeó su cara contra la superficie rugosa de los ladrillos de la pared. Sonia lanzó un gemido, mientras sus labios se teñían de sangre.

—¡Suéltame! ¡Maldito hijo de perra!

Clive la soltó. En sus ojos había una expresión indefinible.

—Límpiate la sangre. No ha ocurrido nada, muñeca. Y cuida bien a Johnny, ¿oyes? Cuídalo…

Ella se restañó la sangre con un pañuelo.

Volvió la espalda bruscamente y se perdió entre las sombras. Pero durante algún tiempo, Clive aún creyó captar en el aire el palpitar de sus labios, la mirada extraña y ardiente de sus ojos.

CAPÍTULO VI

Como Clive había imaginado ya, la pista del cadáver falló.

En las oficinas de la Morgue le dijeron quién había reclamado el cuerpo de Nora. Se trataba de su hermano Josiah, domiciliado en Washington, en el número 85 de la propia avenida de Pennsylvania.

Clive telefoneó a Washington para no tener que desplazarse a la capital. Imaginaba la respuesta, que le llegó apenas una hora más tarde.

—Oye, Murdock, la dirección que me has dado corresponde a un solar. Derribaron la casa hace tiempo, y ahora están construyendo otra. Ponen cimientos, ¿sabes? Y, por supuesto, nadie conoce allí a un tipo llamado Josiah.

—Lo suponía, muchacho. Gracias.

—Otro día me envías a buscar a una chica. ¡A esa seguro que la encuentro!

—La próxima vez habrá más suerte, muchacho.

Clive colgó.

Había seguido aquella pista por pura rutina y porque no se puede dejar nada al azar. Pero ya había dado por supuesto que no obtendría nada.

Fue a la Biblioteca Municipal, en la Quinta Avenida.

Había catálogos con todas las ferias que se celebraban en los cincuenta Estados de la Unión. Todas eran fijas o variaban en muy pocas fechas. Pero solo había un sitio donde se celebrase una feria en el frío mes de febrero, y además en la costa atlántica.

Ese lugar estaba cerca de Richmond, a orillas del río James. Consultando una carta marina, Clive dedujo que no era imposible el que le hubiesen llevado hasta allí en el barco, doblando la curva de Cabo C baríes y dejando al sur la base naval de Norfolk. Habían navegado bastantes horas, al fin y al cabo.

Clive compró a continuación la edición de *Le Fígaro* que acababa de llegar por avión, pero, naturalmente, era de un día antes y no le aclaró nada nuevo sobre la huelga. Telefoneó entonces a la Associated Press, la gran agencia internacional de noticias.

—La huelga de Orly sigue estacionaria. Hay negociaciones y existen posibilidades de arreglo, pero por ahora nada nuevo. Esas son las últimas noticias que hemos recibido de France-Presse, y Reuter las confirma.

—Gracias.

Clive colgó.

Negociaciones… No quería pensar en lo que sucedería si la huelga

se solucionaba de repente. Jamás hombre alguno había estado tan pendiente de un conflicto laboral como lo estaba el ahora. A miles de kilómetros de distancia, al otro lado del Atlántico, su destino, y quizá el de muchos hombres, dependía de una huelga parcial que se estaba desarrollando en el lejano París.

Tomó su coche y salió a gran velocidad hacia el sur. Como de costumbre, Clive conducía un modelo deportivo capaz de batir todos los records. Exponiéndose a una multa, atravesó el Estado de Pennsylvania, el Distrito Federal de Columbia, donde se encuentra Washington, y penetró en Virginia. Allí el clima había cambiado, y el frío resultaba mucho menos intenso. Atravesó el río James y no le resultó difícil encontrar el lugar que buscaba. Era una pequeña población llamada Ettrick.

Efectivamente, allí se celebraba la feria anual.

Las cuatro de la tarde era la hora de mayor animación, y Clive vio las barracas de atracciones, un pequeño circo, las mil tiendas provisionales, las pistas de baile al aire libre. Pero no se quiso fiar de lo que sus ojos veían, después de haber pasado a ciegas por allí.

Dejó su coche y alquiló un taxi.

—Quiero que me lleve a dar una vuelta por la feria, amigo —dijo al conductor—. Por toda la feria.

—Claro que sí. Suba, y si quiere parar en algún sitio indíquemelo.

Apenas se acercaron al lugar, Clive Murdock cerró los ojos. Todos sus sentidos estaban en tensión, procurando recordar punto por punto lo que había oído al pasar por allí las otras dos veces.

Pero los ruidos eran distintos. No se notaba tanto la presencia de la gente. Se tenía la sensación de que el coche circulaba con mucho mayor desahogo.

El chofer se volvió.

—Oiga, amigo… Si tiene los ojos cerrados, ¿para qué diablos ha querido venir?

—Es una manía… ¿Verdad que hoy hay aquí menos gente que otras veces?

—Al contrario, está abarrotado. ¿No se ha dado cuenta de que es sábado? Todo el mundo se ha concentrado aquí.

Clive abrió los ojos. Vio que rodaban a poca velocidad por un camino ancho, dejando las atracciones a derecha y a izquierda, pero a buena distancia. No molestaban a los transeúntes, ya que los más cercanos pasaban a dos o tres yardas.

—¿No hay un camino más estrecho?

—¿Para qué lo quiere?

—Lo pregunto solamente. Si el coche puede pasar por un camino más estrecho, me gustaría conocerlo.

—Por el interior de la feria no se puede circular si no es a pie,

amigo. Este es el único camino para vehículos.

—¿Nadie vulnera esa prohibición?

—Nadie. Hay varios agentes vigilando.

—¿Y siempre son los mismos?

—Oiga, amigo, ¿qué le pasa? ¿Ha venido a dar una vuelta o a hacerse usted mismo un sicoanálisis?

—Quiero ver a uno de esos agentes. Por favor, lléveme donde estén.

—De acuerdo… Con lo poco simpáticos que son…

El motorista que patrullaba por el recinto tenía, en efecto, cara de pocos amigos. Solo se suavizó un poco al ver la placa de Clive Murdock.

—¿Pregunta que si algún coche ha pasado fuera de la carretera? Ni hablar, compañero. Yo lo hubiese visto.

—¿Y ha estado de servicio toda la semana?

—Toda la semana; sin perder ni un día.

—Pero eso es imposible… ¡Tuvieron que haber pasado por aquí!

—¿Quiénes?

—Eso no importa ahora… Pero necesito estar absolutamente seguro de que ningún coche rodó por entre los puestos.

—Puede estar seguro. De todos modos, si quiere hacer alguna comprobación, circule.

El taxi se introdujo por entre los puestos. Clive seguía con los ojos cerrados, intentando recordar. Pero los sonidos no eran tan intensos como las otras dos veces. Y nadie golpeó los costados del coche. No molestaban a la gente porque los caminos eran anchos, a pesar de que había allí una verdadera muchedumbre.

Cuando salieron otra vez a la carretera, Clive estaba más desorientado que nunca.

—¿Siempre es así la feria?

—¡Siempre! Pero, ¿qué infiernos quiere que le explique?

Clive resolvió jugarse su última oportunidad. Pese a lo ocurrido, estaba seguro de no haberse equivocado. De haber pasado por allí.

—¿Hay alguna iglesia a un lado de la carretera, a una hora de marcha aproximadamente?

—¿Primero quiere que le lleve a una feria y luego a una iglesia? No me pedirá también ir a un cementerio, ¿verdad?

—Es posible que la iglesia de que le hablo tenga un pequeño cementerio al lado.

—Es usted el cliente más extraño que he tenido en los dos últimos años. A ver, déjeme recordar.

De pronto chascó los dedos.

—¡Ya está! Saint Patrick, a una hora de marcha de aquí aproximadamente.

—Lléveme.

El taxi empezó a rodar. Ni el conductor ni Clive vieron otro

automóvil detenido en el lindero del bosque, a media milla de distancia.

Un hombre con unos poderosos anteojos vigilaba la carretera.

—Es el —susurró.

Mayle sonrió levemente.

Estaba sentado en la parte posterior, con el sombrero echado sobre los ojos y las manos en los bolsillos de su impecable gabán. Su rostro tenía una expresión más astuta y reconcentrada que nunca.

—De modo que sospecha… —susurró.

—Ahora ya no hay duda.

—Síguele a distancia. Seguro que se dirige a Saint Patrick.

El taxi en que iba Clive rodó durante una hora. El federal permaneció con los o los cerrados todo el tiempo posible, intentando captar alguna peculiaridad de la marcha que le recordara la de las otras veces. Pero con los ojos cerrados las carreteras asfaltadas de todo el país eran iguales, al no tener baches.

Por fin el chofer anunció:

—Hemos llegado.

La oscuridad ya casi cubría el paisaje. La iglesia de Saint Patrick era pequeña y estaba a un lado de la carretera. Debía ser muy antigua. Conservaba una torre de piedra y un cementerio parroquial anejo al templo. En el cementerio ya no se debían hacer inhumaciones. Seguro que tenía un valor puramente histórico.

Clive Murdock sintió que se le cortaba la respiración.

Porque para llegar hasta el templo había que subir por una escalera. ¡Una escalera de cinco peldaños!

⋆ ⋆ ⋆

Clive tuvo, por primera vez, la sensación de estar en el buen camino. De haber llegado a su meta.

El templo tenía una sola puerta; el federal pensó que quizá él había entrado por la del cementerio, que estaba situado lateralmente. Solo faltaba que allí hubiese una cripta.

¡La había!

Era un pequeño edificio de piedra con una puertecilla de hierro, tras la cual estaba, posiblemente, la mesa de mármol y todo el ambiente que él recordaba muy bien.

Una voz sonó a su espalda:

—¿Siente interés por los viejos cementerios, amigo?

Clive se volvió. El tipo que estaba a su espalda era realmente curioso. Vestía impecablemente de negro, y tenía una mirada entre triste y huidiza. Hacía pensar, sin que se supiera bien por que, en templos oscuros y en viejos cementerios.

—¿Quién es usted? —susurró Clive.

—El conservador de este templo. ¿Y usted?

Clive resolvió no mentir.

—Un agente federal. Estoy haciendo una investigación.

—¿Aquí?…

—No se asuste, no se trata de ningún crimen. Solo quiero seguir la pista de dos personas que se casaron en ese templo hace muy breves días.

El tipo vestido de negro rio lúgubremente. «Le llamaré *Fúnebre* —pensó Clive—. Tiene cara de muerto».

Pues bien, «Fúnebre» estuvo riendo durante casi medio minuto.

—¿Por qué?

—No se ha celebrado ninguna boda en esta iglesia hace años.

—¿Qué dice?

—Venga.

Llevó a Clive hasta la puerta principal del templo y le hizo entrar. El federal vio con asombro que el interior de la iglesia estaba completamente desnudo. La piedra de las paredes y las columnas estaba siendo restaurada. También estaban levantadas parte de las viejas baldosas del suelo.

—El templo está cerrado al culto —susurró «Fúnebre».

—¿Desde cuándo?

—Desde hace años. Tiene un gran valor histórico, y el Gobierno Federal ha decidido restaurarla. Debe olvidarse de que esto es una iglesia, amigo.

—No lo comprendo.

—¿Por qué no lo entiende? ¿Tan complicado le parece que un viejo templo se restaure?

—Aquí había un coro…

—¿Un qué?

—Y un magnífico órgano. Un coro de voces infantiles y un órgano de gran potencia.

«Fúnebre» se rascó la oreja derecha.

—Mire, amigo, le invito a un trago. Dicen que la resaca se quita bebiendo otra copa.

—¿Cree que estoy borracho?

—Hombre, no, pero… ¡dice unas cosas tan especiales!

—¿Nadie se ha acercado por aquí últimamente?

—Nadie, excepto usted y algunos obreros.

—Déjeme ver la cripta.

«Fúnebre» le acompañó hasta el cementerio. Clive traspuso la puerta con los ojos cerrados, por si así recordaba algo, pero no notó nada especial. Luego abrió los ojos y vio la cripta.

¿Era la misma? ¿No lo era?

Resultaba casi imposible asegurarlo. Clive se había lijado especialmente en el cadáver las otras dos veces, dedicando a lo demás una atención secundaria. Todas las viejas criptas se parecen. Y había en ella también una mesa de mármol.

Todos los sentidos de Clive estaban alerta.

Podía ser el mismo lugar, pero no estaba seguro. No hubiera sido capaz de jurarlo.

—¿Es esto lo que busca? —preguntó «Fúnebre».

—No estoy seguro.

—¿Cree que estuvo antes aquí?

—Es posible.

—¿Y qué había?

—Un cadáver. Un cadáver de mujer sobre esa mesa.

«Fúnebre» lanzó otra carcajada. Daba la sensación de estar riendo una momia.

—¿Mujeres aquí? ¡Qué tontería! ¡Ni siquiera muertas! En este lugar no entra nadie desde hace años. No va a ser restaurado tan siquiera. ¿Conforme, amigo?

Clive se mordió el labio inferior.

—Conforme —dijo—. Tendrá que perdonarme.

No le quedaría más remedio que vigilar aquello a distancia. Era muy posible que «Fúnebre» dijera la verdad, pero también cabía una leve posibilidad de que le mintiera. Clive no se había sentido tan desorientado en su vida.

Volvió al taxi y pidió al conductor que le llevase a un próximo cruce de carreteras. Allí pagó la carrera, dejó una generosa propina y se apeó.

Pensaba volver al templo por la noche, una vez la oscuridad lo hubiese envuelto todo.

Quedó solo y gozó de la calma del crepúsculo. Todo estaba envuelto en un tranquilo silencio. Clive pensó que para resolver el misterio le quedaban poco más de veinticuatro horas.

Estaba en el crepúsculo del sábado. Con toda probabilidad, a las cero horas del lunes cesaría la huelga de empleados del aeropuerto de Orly. Y «Dan» podría retirar su paquete.

Clive avanzó por la carretera. De pronto vio que los faros de un automóvil segaban el asfalto. Esto no tenía nada de especial. Lo sorprendente era que no hubiesen pasado otros coches.

Mayle lo vio perfectamente, a la luz de los faros.

—Ahí está —dijo el conductor.

—Nos está mirando. ¡Pon las luces largas!

Los faros deslumbraron repentinamente a Clive. Este se dio cuenta de que el coche se le arrojaba encima.

Saltó de costado, hundiéndose entre los arbustos que había al lado derecho de la carretera.

Sus enemigos, fuesen quienes fueran, habían cometido un error. Debieron acercarse a él sin llamar tamo la atención.

Mayle gritó:

—¡Dispara!

El tipo que iba al lado del conductor llevaba una metralleta como las empleadas por los «marines». Barrió con sus balas toda la zona en que se había ocultado Clive.

Este sintió los picotazos del plomo en la tierra blanda, al lado mismo de su cuerpo. Extrajo el revólver pero se mantuvo quieto, esperando. Como el coche llevaba una buena velocidad, la ráfaga pasó pronto. El federal se preguntó si volvería.

Mayle lo pensó también. Dudó durante unos segundos.

—¿Crees que lo has alcanzado? —preguntó.

—Es posible, pero no estoy seguro. ¿Vuelvo y doy otra pasada?

—Él debe llevar su revólver y es un tipo que tira como un diablo. Sería demasiado peligroso. Vámonos.

El coche aceleró. Lo hizo hábilmente, rodando en zigzag. A pesar de que Clive disparó dos veces, desde el suelo, no pudo alcanzar ninguna de sus ruedas.

Sin embargo había reconocido el tipo de coche. Era un «Mustang».

El federal se puso en pie y se pasó la mano por la boca, donde aún le parecía notar el sabor de la muerte. Alguna bala se había empotrado a menos de una pulgada de su cabeza. Guardó el revólver y siguió por la carretera.

Lo ocurrido le había demostrado al menos una cosa: Estaba sobre el buen camino. Mayle y sus hombres no se hubieran molestado en atentar contra él en caso de creer que estaba desorientado.

Una esperanza animaba a Clive: Poder seguir las huellas de los neumáticos hasta ver qué dirección tomaban en el cercano cruce de carreteras. Con este dato, podría pedir ayuda a los patrulleros que controlaban la ruta.

Pero las huellas húmedas de los neumáticos se perdían antes de llegar al cruce. Las ruedas habían pasado por una zona húmeda y luego avanzado por otra completamente seca. No quedaba ni un rastro.

Clive comprendió que no conseguiría nada por aquel lado. Debía volver al templo.

Caminó un buen trecho, y de pronto se sintió enfocado por otros faros. Estos venían por su espalda.

El coche volvía. Esta vez iban a acribillarle a distancia y se asegurarían de que no escapaba.

Tampoco Clive se estuvo quieto esta vez. Saltó de costado con velocidad vertiginosa.

El coche frenó.

Clive levantó su revólver. Si pensaban cazarle, iban listos.

Liquidaría al menos a un par de ellos antes de que le alcanzasen.

Pero de pronto parpadeó. El coche no era el mismo de la otra vez. Esta vez era un viejo cacharro de diez años atrás. ¡Y el conductor, un hombre solo, se aneaba!

Murdock guardó su revólver velozmente, mientras se ponía en pie. El hombre que estaba frente a él parecía atónito.

—Pero, ¿qué le pasó, amigo? ¿Se estaba entrenando para jugador de rugby?

—Soy cazador de mariposas —gruñó Clive—. Me pareció ver una muy especial a la luz de sus faros.

—¿Y la atrapó?

—¡*Quiá*!

—Pues me ha dado un buen susto. ¡Nunca había visto a nadie saltar de ese modo! ¡La mariposa parecía usted!

—Lo siento… Crea que lamento mucho haberle asustado de ese modo.

—¿Le llevo a algún sitio?

—Según adónde vaya.

—A la iglesia, a tomar otra vez medidas para el órgano.

—¿Queeeé?

—Esta noche no hacen más que ocurrir cosas extrañas, amigo. ¿De qué se sorprende después de todo? Lo más natural es que una iglesia tenga un órgano. ¿O no?

—¿Cuándo fue retirado?

—Anteayer.

Clive sentía una especie de vértigo. ¡«Fúnebre» le había mentido! ¡La iglesia, aunque estuviera vacía, tuvo un órgano dos días antes!

—¿Por qué lo retiraron? —preguntó.

—Había que restaurarlo. Algunos tubos no funcionaban. Para que luego encaje bien todo, tenga que repasar mis medidas.

—¿De modo que…?

—¿Puedo saber qué le ocurre?

—¿Se celebran bodas en ese templo?

—No lo sé. No es asunto mío.

—¿Y hay en él un coro de niños?

El desconocido se encogió de hombros, mientras se dirigía hacia el coche.

—Para ser un simple cazador de mariposas, pregunta demasiado. No creo que haya un coro allí. La iglesia está siendo restaurada. Pero puede que los muchachos de las cercanías, si tienen un coro, ensayen allí. Es un buen sitio.

—Voy con usted —dijo Clive.

Estaba sumido en un mar de confusiones, pero empezaba a vislumbrar después de todo, un rayo de luz.

El viejo templo apareció de repente, iluminado por los faros. Tenía un aspecto inquietante y tétrico. Las piedras que no habían sido movidas durante siglos brillaban a causa de la humedad. La puerta de hierro estaba cerrada.

El coche se detuvo.

—¿Encontrará a «Fúnebre» a esta hora? —preguntó Clive.

—¿Cómo ha dicho?

—Me refiero a ese tipo vestido de negro y que parece haber pasado sus últimas vacaciones en una tumba.

—Ah, Stucker, el restaurador… Sí, hay mucha gente que le llama «Fúnebre». Moverse entre piedras y viejos esqueletos es lo único que sabe hacer… Por supuesto, le encontraremos. Vive ahí.

Llamaron a la puerta de hierro, pero nadie respondió. Los golpes resonaban lúgubremente en el gran espacio vacío.

—¿Se habrá acostado ya?

—No es fácil. Son solo las nueve.

Llamaron otras dos veces. El templo continuaba silencioso y no se encendió en él ninguna luz.

—Tengo una idea —dijo Clive—. Vamos a la cripta.

—¿A… la cripta?

—No tendrá miedo…

—No, claro que no… Pero no me gustan los cementerios de noche, ni aunque sean históricos. En fin, vamos.

Los dos hombres entraron en el pequeño recinto contiguo a la iglesia. Clive empujó la puerta de la cripta.

Y de pronto tuvo que ahogar un grito.

Porque «Fúnebre» estaba allí.

Muerto.

Sobre la mesa de mármol.

CAPÍTULO VII

Clive avanzó unos pasos y miró al cuerpo yacente. Estaba alumbrado por la luz tétrica, espectral, de una lámpara de petróleo. Lo habían matado muy poco antes, clavándole una bala en los pulmones. La técnica del disparo le recordó mucho al que había acabado con Nora.

El tipo del órgano parecía estar atónito. Había necesitado apoyarse en una de las paredes.

—Lo han matado para que no hablara —susurró Clive—. Lo han matado con una pistola con silenciador no hace ni diez minutos.

—Oiga, yo… ¡yo me largo!

—Esto indica que estoy en el buen camino —susurró Clive—. Y esto quiere decir también… ¡que los asesinos están cerca!

Se acercó a la lámpara y la apagó rápidamente. Las tinieblas les envolvieron a los dos. El del órgano dio un respingo.

—Voy a salir —susurró Clive—. No se mueva.

Desenfundó de nuevo su «38» y salió de la cripta, pero pegándose a un lado de la puerta.

Hizo bien.

Sus enemigos le esperaban.

La silueta de Clive debía verse muy confusamente, y eso le salvó la vida. La primera ráfaga de metralleta se estrelló contra las piedras.

El federal dio un extraño salto.

Casi sin saber cómo, se encontró entre las lápidas de viejo mármol o de gruesa piedra. Allí tenía un buen refugio. Vio confusamente que dos siluetas avanzaban hacia la cripta.

Clive preparó su revólver. El primer disparo solo rozó a su enemigo más próximo. No era fácil acertar en un lugar donde solamente se veían relieves confusos.

—¡Cuidado, Lars!

La advertencia llegó demasiado tarde. Había visto el fogonazo del revólver de Clive, pero este no les dio tiempo para reaccionar. Su segundo disparo alcanzó de lleno al hombre de la metralleta.

No se entretuvo en verlo caer. Giró sobre sí mismo y se parapetó detrás de una lápida distinta.

Lo hizo a tiempo, porque alguien recuperó la metralleta. Una ráfaga fue picoteando las lápidas, una tras otra.

Clive sintió repiquetear el plomo al otro lado del mármol, junto a su cabeza. Permaneció quieto hasta que la ráfaga cesó. Luego avanzó media yarda sobre sus codos y volvió a hacer fuego.

Tenía la segunda figura a poca distancia, en pie, buscándole con la metralleta a punto. La vio estremecerse al recibir el balazo. De todos modos, Clive estaba convencido de no haber alcanzado a su nuevo enemigo en un punto vital. Ni tan siquiera le vio soltar la metralleta.

Otra ráfaga partió del cañón, pero ya locamente, sin control. El herido solo buscaba cubrirse mientras se retiraba velozmente.

Oyó entonces una voz:

—¡Atrás! ¡Yo me llevo el cadáver!

Clive se estremeció. ¡Era la voz de Mayle!

Corrió, saltando entre la sepulturas, pero el camino no era fácil entre la oscuridad. Cayó dos veces y otras tantas se reincorporó, pero había perdido un tiempo precioso.

Los asesinos conocían el terreno mejor que él y se retiraban velozmente. Captó enseguida el rugido de un motor a toda presión y entrevió fugazmente la silueta del «Mustang».

Iban a huir.

Disparó otras dos veces, pero ya seguro de no hacer blanco. Al apretar el gatillo de nuevo, se dio cuenta de que el tambor estaba ya vacío.

Mayle y su compinche vivo huyeron llevándose al compañero muerto. Ni esa pista quedaba en poder de Clive.

Este suspiró, desalentado.

Estaba sobre el buen camino, pero no había conseguido, por el momento, ninguna prueba segura. Tampoco había logrado detener a nadie.

Entró de nuevo en la cripta y vio que la luz del farol volvía a brillar como antes. Sus resplandores iluminaban el cadáver de «Fúnebre». El tipo del órgano estaba apoyado en la pared, como antes, mirándole fijamente.

—Celebro que haya encendido la luz —dijo Clive—. Ha oído los disparos, supongo.

—Desde luego.

—Seguro que todo esto le extrañará.

—Me extraña mucho, señor Clive Murdock.

El federal, que estaba casi junto al cadáver, de espaldas a la pared, se volvió poco a poco. No recordaba haber dicho su nombre a aquel tipo. Tampoco le gustaba el cambio en la voz de este.

Sus cejas se arquearon al ver la pistola que le apuntaba al centro del cuerpo.

—Estese quieto, Murdock.

Clive miró su revólver. Sabía bien que no quedaban balas en él. Era un trasto inútil.

Lo hubiera lanzado contra la cara de su enemigo, pero este tenía todas las ventajas. Clive se aguantó y dejó caer el arma a tierra.

—De modo que estaba de acuerdo con los otros, ¿eh?…

—¿Le sorprende?

—¿Qué le ordenó Mayle? ¿Qué me trajese aquí de todos modos?

—Así es. Y va a *quedarse* aquí.

Las intenciones del otro estaban bien claras. Faltaban solo unos segundos para que apretase el gatillo.

Clive no le dejó esa oportunidad. Sus probabilidades de sobrevivir eran mínimas, pero decidió jugar las cartas que le quedaban. Saltó velocísimamente bajo la mesa de mármol. El movimiento de todo su cuerpo duró apenas un parpadeo. La bala arrancó esquirlas a la piedra y dibujó en su cabeza una línea sangrienta, pero sin atravesar el hueso.

Solo un hombre de la fortaleza de Clive podía haber hecho lo que él hizo a continuación. Puesto que la plancha superior de la mesa estaba suelta, apoyada sobre dos pilastras también de mármol, la levantó con cadáver y todo.

Fue algo que su enemigo no esperaba. Tiró rabiosamente dos veces, sin darse cuenta de que las balas no podían atravesar el mármol. De pronto el cadáver cayó sobre él.

El individuo sintió que sus rodillas vacilaban. Cayó de espaldas y quedó atrapado bajo el muerto. Intentó extender el brazo y sacar su arma de aquella especie de cárcel.

Pero Clive se había arrojado ya sobre la espalda del muerto y aumentaba con su peso la presión que se ejercía sobre la cara de su enemigo. Era como si lo estuviese ahogando con una almohada, con la diferencia de que en este caso la almohada era un cadáver. Oyó gritos ahogados, pero comprendió que no podía ceder.

Su enemigo tenía una pistola cargada. En cuanto le permitiese extender el brazo, lo primero que haría sería apretar el gatillo. No podía aflojar de ningún modo.

Fue la muerte más miserable, en cierto modo la muerte más «sucia» en que Clive Murdock había intervenido a lo largo de toda su vida.

Los jadeos de su enemigo pronto se convirtieron en un estertor. Luego en una especie de ronquido. Clive sentía una especie de náusea, pero siguió apretando con todas sus fuerzas. Al fin, los movimientos del que estaba abajo cesaron. Clive comprendió que ahora, en la cripta, solo le acompañaban dos muertos.

Poco a poco, se puso en pie.

Volvía a sentir náuseas. Arrancó la pistola de manos de su enemigo muerto y salió de la cripta tambaleándose como un borracho.

CAPÍTULO VIII

—Hola, Johnny.

La luz alegre penetraba a raudales por las ventanas. Las aguas del Hudson, habitualmente sombrías, estaban brillantes. Diríase que era un río del Sur, que era el viejo Mississippi. En la tranquila mañana del domingo, empezaban a llenarse los espectáculos deportivos mientras los fieles acudían a las iglesias.

Pero Clive no pensaba en todo esto. Estaba diciéndose que era su último día. La huelga cesaría a medianoche; es decir le quedaban poco más de doce horas.

—Hola, Johnny —repitió con voz metálica.

Johnny parecía sentirse peor, pero de todos modos una expresión desconocida animaba su rostro.

—Es el último día, Clive —susurró.

—¿En qué crees que estaba pensando?

El vino se hallaba sobre la mesilla, como siempre. Clive lo bebió de un solo trago.

Luego se sentó ante su amigo.

—Supongo que ayer las cosas no fueron demasiado bien —dijo Johnny.

—Me tendieron una nueva trampa. Estoy enfrentándome a un enemigo muy inteligente y muy meticuloso. Todos los detalles los preparó con el mayor cuidado, sin dejar nada al azar. Ayer llegué a lo que parecía la iglesia de la primera vez.

—Eso es un triunfo…

—No, no lo fue. Sencillamente, no era la misma. Me atacaron por eso.

—No lo entiendo. Si seguías una mala pista. ¿Qué necesidad tenían de atacarte?

—Deseaban que yo creyera que la pista era buena.

Johnny hizo un gesto de comprensión. Clive prosiguió:

—Hubo un hombre, un tipo llamado «Fúnebre», que me dijo la verdad. La iglesia estaba siendo restaurada y no había en ella ningún órgano. Mayle y sus hombres habían supuesto que yo iría allí porque aquella era la única feria que tenía lugar en la comarca. Trataron de matarme y el golpe les falló. Querían eliminarme porque yo era la única persona que sospechaba de ellos. Muerto yo, el eslabón quedaba roto.

—Me olvidas a mí —dijo Johnny—. Yo también lo sabía.

—Cierto. Tú eras la única persona que estaba enterada de cuáles iban a ser mis actividades ayer.

Johnny tragó saliva. Por un momento sus ojos se entrecerraron.

—¿Qué más ocurrió?

—Me tendieron una segunda trampa, esta más astuta. Habían matado a «Fúnebre» para que yo creyera que tenían interés en que no hablase, como si aquel tipo fuera una pieza importante. Y en realidad no era nada. Solo lo mataron para desorientarme… en el caso de que yo saliera vivo de la segunda trampa.

—¿Y también saliste vivo?…

—Tuve suerte. Eso fue todo.

—De modo que, según el plan de Mayle, tú debes creer ahora que estás sobre la buena pista. Perderás al menos cuarenta y ocho horas investigando acerca de esas muertes.

Clive se pasó una mano por los ojos. Estaba cansado, muy cansado. Una progresiva debilidad le invadía.

—Sí, eso es lo que piensa. Para ello mató a «Fúnebre» y trató de hacerme creer que este había mentido. Imagina que yo habré picado el anzuelo. Solo con que me dedique a ese asunto durante un día, habré perdido mi oportunidad; es eso lo que quiere.

—Te quedaría el recurso de hablar con Stevenson… Las autoridades aún pueden detener aquel envío en Orly.

—Sabes que no haré eso. No puedo hundir a Stevenson. La crisis en el FBI sería mayúscula, aparte de que yo perdería mi puesto. Cuenta con que no obraré de ese modo y de que seguiré solo en el asunto… hasta el último minuto.

—¿Y la chica? Hilde… Ella puede ser una buena pista y una buena prueba.

—No sé el papel que Hilde ha jugado en todo esto. Y de todos modos ya no me queda tiempo para encontrarla.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—Aquella no era la iglesia, Johnny, ni la feria por la que pasé era la feria. He de empezar de nuevo.

—Pero… la costa atlántica es enorme. No puedes encontrar una feria que no se celebra y una vieja iglesia en un solo día ¡Aunque eso estuviera a media milla de Nueva York, ya no tendrías tiempo de encontrarlo!

—Es cierto —reconoció Clive, con desaliento. Johnny saltó del lecho.

—Voy a ayudarte, muchacho.

—¿Quieres decir que vendrás conmigo?

—En los últimos años he tenido mala suerte…

Mi salud ha fallado, Clive, y hasta mi mujer empieza a considerarme como un trasto… Yo demostraré a todos que aún sirvo para algo —de pronto se volvió hacia Clive—. Me permitirás que te ayude, ¿verdad?

—Claro que sí, Johnny.

Le vio entrar en el cuarto de baño, y al instante oía el ruido de la ducha.

Clive encendió un cigarrillo reflexivamente. En aquel momento entró Sonia.

Esta llevaba una falda muy ceñida y nada más encima. Se estaba abrochando una blusa sobre su busto juvenil y firme cuando entró en la habitación.

Miró a Clive Murdock. Su expresión seguía siendo indescifrable. Tenía los ojos un poco rasgados, misteriosos, profundos.

Le miró como si no hubiera ocurrido nada en el callejón contiguo a la casa.

Como si no hubiera sucedido nada nunca.

—Eres muy moderna —susurró Clive—. Una chica muy curiosa, de verdad.

—¿Sí?

—Supongo que vas a salir.

—Para eso me estaba cambiando. ¿Te molesta que oiga música?

—¿Por qué iba a molestarme?

Ella salió y volvió al instante con un transistor. Lo hizo funcionar y surgió del aparato una voz grave que se mezclaba al estampido de cañonazos como telón de fondo.

> *Transcurrían los días más amargos y difíciles de la guerra civil. La misma existencia de la Unión estaba en peligro. Los sudistas estaban obteniendo insospechados éxitos…*

—¿Qué emisión es esa? —preguntó Clive, solo para llevar la conversación por un terreno intranscendente.

—Creí que ya habría terminado a esta hora. Una lata. Creo que es la vida del general Grant adaptada para la radio.

—¿Ah, sí?

—Cambiaré de onda. A mí las vidas de personajes famosos no me interesan. Creo que hoy iban a explicar su boda.

Se dispuso a oprimir un nuevo botón, pero en aquel momento los cañonazos que servían de sonido de fondo cesaron. En su lugar resonó la solemne voz de un órgano.

—Lo que faltaba —susurró Sonia.

Clive se volvió de espaldas. Dejó incluso de oírlo. ¿Cuándo volvería a tener la suficiente calma para poder escuchar otra vez una función dada por la radio? Probablemente jamás.

Una voz, lenta y grave, se elevó sobre los sonidos del órgano.

> *Queridos hermanos, vamos a unir…*

Luego nada. Sonia había cambiado de onda.

Clive se volvió de repente. El brusco chasquido de sus dientes pareció resonar en la habitación entera. Sonia le miró asombrada, como si viera a un fantasma.

—Pero… ¿qué te pasa?

—¡Vuelve a poner esa onda! ¡Vuelve! ¡Aprisa!

—¿Qué te ocurre?

—¡Aprisa!

Ella obedeció. La voz volvió a oírse al instante, con la misma solemnidad de los segundos anteriores.

> *… Sagrado matrimonio a Julia y a Ulyses. Esta ceremonia, solemne entre las solemnes, debe quedar grabada en la memoria de todos. El hombre y la mujer que están ante nosotros…*

—¡Cierra!

Sonia cortó. Estaba atónita.

El mismo Johnny había salido de la ducha y, envuelto en un albornoz, les miraba desde la puerta.

—Clive, muchacho, me parece que empiezas a estar mal…

—Esa voz… Esas palabras…

—¿Qué sucede?

—¡Es lo mismo que oí en aquella iglesia!

—Pero…

—¿Habrá sido grabada esa función en cinta magnetofónica? —preguntó Clive con una extraña calma.

—Es lo más probable.

—Entonces… —de pronto Clive sintió como si se le cortara la respiración—. ¡Diablos, ahora empiezo a comprenderlo todo! ¡Lo que yo escuché era una cinta magnetofónica reproducida por aparatos extraordinariamente precisos! ¡Allí no se celebraba ninguna boda! ¡También las voces del coro del segundo día debieron ser reproducidas por un aparato de alta fidelidad!

Johnny le miraba atentamente. Estaba muy pálido.

—Eso significa que…

—Eso quiere decir que la iglesia no existe. He estada buscando en vano. Pudieron llevarme a cualquier otro sitio. Por eso, porque no me habían llevado a ninguna iglesia, tenían hace poco interés en que yo creyera que estaba sobre la buena pista. Llegaron a matar a un hombre solo para eso.

Apretó los puños y dio dos nerviosas zancadas por la habitación, mientras los pensamientos hervían en su cráneo.

—La feria también pudo ser una ficción —murmuró de pronto—. Los sonidos, las voces y el bullicio, enviados por aparatos de alta

fidelidad colocados estratégicamente, podían engañar a un hombre que no veía nada. En cuanto a este aspecto de la feria ya no estoy tan seguro, pero en cambio estoy completamente persuadido de que la iglesia no existía.

Johnny se quitó el albornoz y empezó a vestirse lentamente. Su frente estaba surcada por una arruga de preocupación.

—Clive, eso significa una cosa.

—Adivino lo que vas a decirme.

—Eso quiere decir que no sabes dónde buscar. ¡Pudieron llevarte a cualquier lugar de Estados Unidos!

Clive apretó los labios.

—Es cierto. Me dieron dos pistas: la feria al aire libre y el templo con una cripta. Pero las dos pistas eran falsas y yo he caído en la trampa. Ahora hay que empezar de nuevo. ¡Hay que comenzar otra vez cuando solo faltan doce horas para que se cumpla el plazo!

—Y sin ninguna pista…

—Sin ninguna pista —reconoció Clive.

—No te equivocaste al decir que te enfrentabas al criminal más calculador y astuto de toda tu carrera —musitó Johnny—. Dudo que esta vez tengas éxito, Clive. Pero hay demasiados misterios aquí. Por ejemplo, ¿para qué quieren el cadáver de una mujer?

—Yo empiezo a barruntar algo. Imagina que algo de importancia ha sido robado en los servicios secretos. Hay muchas cosas importantes que pueden interesar a un espía, pero yo estoy atando cabos y recuerdo que se habló muy confidencialmente de la desaparición de un sistema detonador que podía funcionar desde el espacio, es decir desde la estratosfera. Todo el aparato estaba contenido en una caja del tamaño aproximado de las que se emplean para guardar zapatos. Demasiado grande para pasarla por ninguna aduana del mundo. La hubieran visto, sobre todo estando los servicios secretos alerta. Tampoco podían desmontar el detonador en piezas porque desconocían su mecanismo. ¿Qué hacer? Existe un procedimiento diabólico, pero sencillo.

Johnny hizo un gesto de asentimiento. Estaba más pálido cada vez.

—Se mata a una mujer, se espera a que le hagan la autopsia y luego se reclama el cadáver fingiendo ser de la familia. Ese cadáver se embalsama y se vuelve a coser cuidadosamente, introduciendo el «paquete», meticulosamente aislado, en el lugar del cuerpo que antes ocupaban las vísceras. No hay miedo de que alguien vuelva a abrir un cuerpo humano, sobre todo si los certificados de autopsia y los sanitarios están en regla. Solo falta un pájaro, libre de toda sospecha, que lo saque del país. ¡Y ese pájaro he sido yo!

Se llevó un momento los dedos a las sienes. Estas parecían a punto de estallarle.

—Todo estaría ya perdido para nosotros —continuó— de no ser por

la inesperada huelga del personal del aeropuerto de Orly, huelga que cesará hoy a medianoche. Imagino que «Dan» ya contará los minutos que faltan para llevarse el paquete. ¡Y yo sin ninguna pista! ¡Sin tener la más remota idea de dónde encontrar a esos tipos!

—Sé que solo soy un viejo trasto —dijo Johnny—, pero te ayudaré, muchacho.

—No debiste levantarte.

—Deja que te ayude. ¡Necesito hacer algo, Clive! ¡Tengo la sensación de que, después de tantas enfermedades, ya no sirvo ni para limpiar los suelos! Hasta mi propia mujer me… me…

Clive arqueó una ceja. Miró cara a cara a Sonia.

—¿Te desprecia?

—No quisiera tener que pensar eso —susurró Johnny—. Por Dios… Perdonadme.

Cerró la puerta del cuarto de baño. Se le oyó toser angustiosamente, presa, sin duda, de un ataque de nervios.

Ahora fue Sonia la que arqueó una ceja.

Miraba también directamente a Clive Murdock, y los dos callaban. Una extraña complicidad del silencio parecía haberse creado entre los dos.

Fue Sonia la que lo rompió primero.

—¿Lo ves? Siempre está así. Hace años que perdió la salud y ya no es un hombre, sino un guiñapo.

—¿Por esto intentaste envenenarle? ¿Para librarte de él y poder aceptar la compañía de un tipo como el que despellejé la otra noche?

La boca de Sonia, que estaba entreabierta, se cerró de nuevo. Sus dientes produjeron un chasquido seco. Estaba tan asombrada que hasta echó la cabeza hacia atrás.

—¿Cómo… sabes eso?

—¿Crees que soy estúpido, Sonia? ¿Piensas que no me daba cuenta de los síntomas? ¿Para qué venía casi cada mañana aquí? Aprecio mucho a Johnny, pero normalmente no hubiera venido a verle tantas veces. Sencillamente… ¡me bebía el vino que tú habías preparado para él! Era un vino reconfortante y que los médicos te habían recetado, pero tú aprovechabas su fuerte sabor para mezclar cianuro en él. Sabías que así le condenabas a una muerte segura, lenta y muy difícil de descubrir. Pero el cianuro me lo tomaba yo, muchacha. ¡Si supieras la cantidad de leche azucarada que he llegado a tomar para que me sirviese de antídoto! ¡Si supieras la de *whiskys* que he rechazado y la de veces que he estado a punto de rodar escaleras abajo!

Sonia estaba más pálida cada vez. Sus labios temblaban espasmódicamente. Su mirada estaba extraviada cuando se posó de nuevo en Clive.

—¿Por qué… has hecho eso? Si lo sabías, ¿por qué no me

denunciaste?

—Tú habías sido una compañera nuestra —susurró Clive—. No quería hundirte ni tampoco envolver en un escándalo a Johnny. Deseaba darte una oportunidad para reflexionar. *Quería que te dieses cuenta.* Y ahora hemos llegado al fin, Sonia. Ahora ya lo sabes todo. Hasta la última sílaba.

Sonia bajó la cabeza.

Sus manos temblorosas resbalaron sobre las caderas, sobre la hermosa y doble curva de sus piernas.

—Creo que esta vez te has pasado de bueno, Clive. Que has ido demasiado lejos.

—Para salvar a un amigo y a la mujer que ese amigo ama, nunca se va demasiado lejos.

—¿Crees… que Johnny me ama?

—Esa es una de las convicciones más firmes de mi vida.

Otra vez las manos de Sonia temblaron. De nuevo resbalaron sobre la hermosa y doble curva de sus piernas.

—Yo creí que… todo estaba muerto entre los dos.

—Su enfermedad os separaba, Sonia, pero era por una sola cosa: porque tú no tuviste caridad.

Ella se estremeció. Sus ojos se habían nublada.

En aquel momento se abrió la puerta. Johnny ya estaba completamente vestido. Parecía sentirse mejor.

—¿Vamos? —susurró.

—¿Y por dónde empezar? —musitó Clive.

—No lo sé, muchacho, no lo sé… ¡Daría por saberlo las pocas fuerzas que me quedan! Pero quizá se nos ocurra algo. ¡Tiene que haber algún detalle! ¡Debe haber alguna cosa que nos ayude!

Clive susurró:

—Sí, claro… Algún detalle.

De pronto se apoyó en la pared. Parecía aturdido.

—¿Qué te ocurre?

—Estoy recordando algo… ¡algo distinto! ¡Pero no sé lo que es! ¡Algo que tal vez podría solucionarlo todo!

—¡Habla!

Clive tenía los ojos cerrados. Desesperadamente, intentaba recordar.

—No lo sé… Era algo muy simple… Y sin embargo… Pero no. No puedo precisar nada.

Hizo un gesto de desaliento y salieron los tres. Sin una palabra, casi sin que se dieran cuenta, Sonia les acompañaba.

—Creo que necesitamos un trago —susurró Jahuay al llegar a la calle—. Entremos ahí.

Señalaba un bar. Los tres penetraron y Clive, ante la sorpresa de su amigo, pidió solo un vaso de leche muy azucarada.

—¿Esa *cosa* vas a tomar? —balbució Johnny.

—Sí. Ya ves… ¡He cogido afición a la leche!

—Lo encuentro muy razonable —musitó Sonia—. Y vas a permitirme que le invite yo.

—¿Por qué?

—Es lo menos que puedo hacer, ¿no? —susurró Suavemente ella.

CAPÍTULO IX

Rodaban a poca velocidad por las calles soleadas, bajo la tranquila mañana de aquel domingo de Nueva York.

Las gentes elegantes salían de oír misa en San Patricio y admiraban las flores en los parterres del frontero Rockefeller Center. En los barrios populares, pequeños grupos de amigos portorriqueños conversaban en las esquinas, recibiendo los tibios rayos de sol. Los chiquillos jugaban con los coches abandonados que tal vez llevaban ya varios días en las calles.

Clive nunca había sentido una tensión tan insoportable.

Nunca una mañana tan tranquila le había parecido sin embargo tan odiosa, tan negra.

¡No tenía absolutamente ninguna idea! ¡Su mente estaba en blanco!

De pronto, Johnny volvió a toser. Aún se sentía nervioso.

Clive sintió que sus manos se agarrotaban sobre el volante.

No sabía por qué.

—¿Qué te ocurre?

Johnny le miraba con brusca sospecha.

—Esa tos…

—¿Qué ocurre con mi tos? No tiene nada de particular.

—Me recuerda algo… ¡y no puedo precisar qué!

—¿Oíste toser a alguien?

—Quizá, pero… es un recuerdo muy confuso…

De pronto frenó. Sus manos ya estaban definitivamente agarrotadas sobre el volante.

—¡Dios santo!

—¿Qué te ocurre?

—¡El niño! ¡Aquel niño al que *oí* toser!

—No comprendo…

—Fue mientras escuchaba los sonidos de la falsa feria… De pronto oí toser a un niño. Su tos resultaba muy peculiar, y enseguida la identifiqué. Terminaba con una especie de ronco sonido de trompeta… Era el clásico ruido de la tosferina… ¡Ahora sí que tenemos una pista!

—No te entiendo, muchacho. ¿Estás delirando?

—Todo lo contrario… Nunca he visto las cosas con tanta claridad. Oye, Johnny, si hay algo que funcione bien en este país es la protección a la infancia y las medidas sanitarias, ¿no?

—Pues… sí, desde luego.

—Si hay un brote de tosferina en la costa del Atlántico, es muy probable que lo tengan controlado en el Departamento de Sanidad.

—Pues…

—¡Pues claro que sí, muchacho! ¡Vamos allá!

Ahora rodaron a gran velocidad por las calles tranquilas y casi solitarias. Fuera de las horas de trabajo, Nueva York tiene menos tráfico que un pueblo. Llegaron inmediatamente al Departamento de Sanidad, en el East Side.

Aunque era domingo, había funcionarios trabajando allí. Uno de ellos, al oír la petición de Clive, se rascó la oreja izquierda.

—Los médicos tienen la obligación de avisarnos cuando hay más de un caso —explicó—, pero no sé si esta vez habrá sucedido… A ver. Aquí están los últimos registros.

Consultó unos ficheros. Clive había contenido la respiración.

El funcionario volvió a rascarse lentamente la oreja.

—Aquí está. Un foco.

—¿Dónde?

—No lejos de aquí, en una población llamada Dambury.

—¿De qué Estado?

—De Massachusetts.

Clive lanzó una maldición. Le habían desorientado bien, de eso no cabía duda. Él siempre tuvo la sensación de que habían navegado hacia el sur, y por eso las primeras investigaciones las hizo en Virginia. ¡Pero en lugar de eso le habían llevado al norte! ¡Nunca hubiera encontrado la pista verdadera, caso de seguir su primera impresión!

—¿Ha dicho Dambury? ¿Cuál es el nombre del enfermo?

—Un niño llamado Cotton. North Street, número doce.

No era una pista segura, pero era un detalle al fin. Clive Murdock sentía que todos sus músculos se habían puesto tensos.

—¡Vamos!

Todos regresaron al coche y tomaron inmediatamente la salida de Nueva York por el norte, cuino si se dirigieran hacia Boston. Rodaron a la máxima velocidad permitida.

Llegaron en hora y media a la población que buscaban. Esta era pequeña, y no les costó absolutamente nada dar con North Street. El número doce correspondía a una casa modesta donde, efectivamente, había habitado un niño atacado de tosferina.

—Pero lo cambiamos de lugar —explicó su hermana, una muchacha de quince años—. El médico nos recomendó un cambio de clima.

—¿Y no está su madre?

—No. Se fue con él.

Clive suspiró desalentado, mientras miraba a la chica. Ahora todo consistía en un simple problema de suerte.

—¿Quién lo saca a pasear? —preguntó.

—Yo misma.

—Trata de recordar, muchacha, porque es muy importante. ¿A veces llegabais hasta la carretera?

—Sí.

—Tuvieron que llamarte la atención bastantes cosas. ¿No oíste una música?

—Sí, claro que sí… Había dos camiones parados, uno a cada lado de la carretera. Se parecían mucho a los que se emplean como unidades móviles de radio y televisión. De ellos salían música y rumores, ¡Parecía como si hubiese allí una verdadera multitud! También habían instalado altavoces estereofónicos por las cercanías.

—¿Preguntaste por qué hacían aquello?

—Claro que sí… Hubo dos o tres personas que se extrañaron. Nos dijeron, muy amablemente, que estaban ensayando el sonido para una película.

Clive hizo un gesto de comprensión. Los malditos habían pensado en todo.

—Debe haber algo más que te llamó la atención. Un coche grande… ¿No viste un coche grande que tenía cortinillas en todas las ventanas?

—Sí, y me sorprendió.

Clive sintió que le temblaban los dedos. Estaba sobre la pista.

—¿Hacia dónde fue ese coche?

—Siguió carretera adelante. Pero poco más allá hay un cruce. Espere. Se lo mostraré yo misma.

—Nos harás un gran favor, muchacha.

Llegaron hasta la carretera, y la chica les señaló el cruce que estaba a unas doscientas yardas.

Señaló la izquierda.

—Por allí.

Clive palpó su revólver.

—Gracias, muchacha, nos ha dado una gran pista.

—¿La pista de quién?

—De una mujer muerta…

CAPÍTULO X

Rodaron a poca velocidad. Ahora cada accidente del terreno, cada relieve, tenía su importancia. Si en las cercanías del pueblo estaba la falsa feria al aire libre, debía faltar una hora para llegar a la cripta donde él vio por segunda y tercera vez el cadáver de Nora. De todos modos no podían fiarse demasiado de ese dato, porque Clive no había podido calcular demasiado bien la velocidad a que marchaban.

En una cosa les acompañó la fortuna, sin embargo, y fue en no encontrar ningún cruce. Así, al menos, tenían la seguridad de estar sobre el buen camino.

De pronto los ojos de Clive se entrecerraron.

—¡Allí!

Había una pequeña casa de piedra a muy poca distancia de la carretera. Una casa a la que se subía por… cinco peldaños.

Ahora Clive Murdock estaba seguro de haber llegado al fin. Una extraña sensación de descanso, de plenitud, se apoderó de él, a pesar de que era ahora cuando empezaba el verdadero peligro.

—¿No paras? —susurró Sonia.

—Se notaría demasiado. Hay que desorientarles.

—¿Crees que estarán todavía ahí?

—Deben tener su cuartel general en alguna parte y ese sitio es mejor de lo que parece.

Siguieron adelante, indiferentes, como si tal cosa. A unas dos millas se detuvieron.

Clive Murdock esperó a que pasara una caravana de coches es dirección opuesta. Eso no era extraño en domingo.

En efecto, poco después se acercaron once coches seguidos, todos ellos con banderitas. Debían ser los seguidores de algún equipo local de rugby o béisbol.

Clive dio media vuelta y se unió a aquella caravana. Durante las dos millas que faltaban para llegar a la casa, estuvieron gastando bromas y cambiando Señas con el coche delantero y con el posterior. De pronto, al llegar de nuevo ante la casa, Clive frenó y salió bruscamente de la carretera.

Los otros continuaron.

—A ti no te conocen, Johnny —susurró Clive—. Sal y finge que se ha roto algo de la suspensión. Yo me ocultaré.

—De acuerdo.

—Limítate a comportarte como un automovilista normal hasta que yo intervenga.

—Descuida, Clive.

Johnny salió y se agazapó bajo la parte posterior del coche, mirando con atención las piezas. Mientras tanto Clive, tendido sobre el diván delantero, esperaba. Aquel coche no era el suyo, sino el de Johnny, y tenía seis plazas.

No tuvieron que aguardar mucho.

De la casa de piedra, situada a media milla, salió un hombre vestido con pantalones oscuros y chaquetón de piel. Se acercó a ellos tranquilamente, como por simple curiosidad.

Johnny, al tenerlo cerca, lo saludó con una sonrisa.

—Hola, amigo.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó el otro.

—¿Es terreno particular?

—Allí hay un letrero que lo dice.

—Lo siento, ha sido un caso de fuerza mayor… Una de las ruedas motrices no gira. Temo que se me haya roto un palier.

—¡Humm! Mal asunto…

—¿Puedo entrar en su casa para telefonear pidiendo una grúa?

—No tenemos teléfono. Y lo siento mucho, pero tampoco podrían quedarse aquí.

—Vaya, amigo, no puede decirse que se desviva usted por ayudarnos…

—Les ayudaré a empujar su cacharro. Esa casa que ve es una finca de reposo y no queremos intrusos. Hay enfermos, ¿sabe? Hala, empujemos entre los dos.

Sonia abrió en aquel momento la portezuela posterior. Salió del vehículo, o mejor dicho se quedó a medio salir, pero haciendo una sensacional exhibición de piernas.

El tipo del chaquetón de piel se quedó boquiabierto.

—Oiga, nena, tiene una carrera en la media…

—¿De veras? ¿Y llega muy arriba?

Se notó el esfuerzo que el fulano hacía para poder seguir respirando como si tal cosa.

—Sube… hasta lo más alto.

—¡Qué lástima! ¿Me ayuda a bajar, muchacho?

—Con… mucho gusto.

Clive, en el interior del coche, se acarició con preocupación una ceja. Aquellos papeles de zorra, Sonia los hacía muy bien. Demasiado bien, evidentemente.

Pero les estaba distrayendo al tipo del chaquetón, y esa era la oportunidad que necesitaba. Cuando el fulano ayudó a bajar a Sonia, se encontró con que el panorama había cambiado. Las piernas desaparecieron y en cambio asomo por la ventanilla un temible revólver chalo, calibre 38, mortal a aquella distancia.

Y detrás de aquel revólver estaba un rostro que conocía bien. ¡El rostro de Clive Murdock!

La incredulidad y el asombro le dejaron pasmado en el primer momento. Luego intentó llevar la derecha a la funda axilar que ocultaba bajo el chaquetón, pero Clive le inmovilizó con su voz metálica.

—Yo, en tu lugar, no lo haría, muchacho. Estoy dudando entre atravesarte la cabeza o el corazón, pero cualquiera de las dos cosas te hará pupa. De modo que quietas las manos. Quédate dónde estás.

—¿Qué… qué pretende?

—Vas a conducirnos hasta la casa.

—¡Está loco! ¿Busca suicidarse?

—Quiero llegar hasta allí, muchacho. Y tú nos acompañarás. No alces los brazos ni hagas ningún gesto extraño. Camina junto a nosotros y procura conversar amablemente. Yo llevaré el revólver en el bolsillo, pero le estaré apuntando. Estos cacharros chatos son ideales para disparar a escondidas. A la menor anormalidad, te deshago la nuca.

—Pero…

—Vamos, adelante.

Clive Murdock saltó del coche. La primera baza estaba ganada. Ahora podrían llegar fácilmente hasta la casa.

Tema la sensación de que lo más difícil estaba conseguido.

Bueno, eso creía él.

Porque entonces ocurrió algo que no esperaba, algo en lo que, al principio, ni tan siquiera quiso creer.

Sonia había sacado una pequeña pistola niquelada, una «Smith-Wesson», del bolso que colgaba de su brazo.

Nadie había podido prever su gesto.

¡Y les apuntaba a ellos! ¡Aquella sonrisa satánica en los labios de la mujer significaba que estaba en su contra!

Clive sintió que se le helaba la sangre.

CAPÍTULO XI

Con una especie de chasquido de su lengua, Sonia le ordenó que soltase su arma.

—Habéis caído en la trampa, muñecos. Vamos, suelta tu petardo, Clive. Y tú también, querido Johnny.

Johnny parecía materialmente petrificado. No hubiese puesto aquella cara ni aun en el caso de encontrarse ante un ser de otro planeta. Pero introdujo los dedos en su funda sobaquera y dejó caer al suelo el «38» que guardaba en esta. Nunca había visto a su mujer con una expresión así, y su instinto le dijo que ella dispararía.

Una sonrisa burlona, en cambio, había aparecido en los labios de Clive Murdock.

—Has terminado bien tu carrera —musitó, mientras dejaba caer el revólver—. Una bonita actuación, nena.

El de la chaqueta de cuero acababa de sacar una «Browning». Encañonó a los dos hombres.

—¡A la casa! ¡Pronto!

Se formó enseguida un pequeño y curioso cortejo. Los dos federales iban delante, con los brazos ligeramente alzados. Un poco detrás iba Sonia, con su pistola niquelada, y cerraba la marcha el tipo del chaquetón con su «Browning».

Un simple automovilista pasando por la cercana carretera hubiese hecho variar la situación, al sorprender la escena. Clive Murdock, durante unos breves instantes, confió en eso. Pero como suele ocurrir siempre que uno lo necesita, ningún automóvil pasó por allí.

Llegaron a la casa.

Clive Murdock se dio cuenta de que esta podía convertirse fácilmente en un verdadero fortín. Las ventanas eran pequeñas y sólidas. La puerta tenía chapa de hierro. Y por una de aquellas ventanas, asomaba la boca de una ametralladora de guerra.

Clive sintió que se le secaba la boca.

Habían avanzado por terreno descubierto, y no hubiesen tenido ninguna posibilidad de escapar a las ráfagas de aquella terrible arma. Incluso el tipo del chaquetón de cuero hubiese sido eliminado. Acababan de correr un peligro mucho más grave de lo que él imaginó al principio.

Por lo que pudo ver al entrar, la casa tenía solo dos habitaciones en la planta baja, y al parecer otras dos en el piso superior. La habitación en que pusieron los pies era muy grande y estaba modestamente amueblada. La otra la pudo ver también Clive a través de la puerta

abierta. La reconoció enseguida como la cripta. No faltaba ni la sólida mesa de mármol, sobre la cual debió realizar experimentos de disección algún antiguo propietario de la casa, seguramente un científico.

Había tres hombres en aquella primera pieza. Dos de ellos manejaban la ametralladora, que inmediatamente, encararon hacia los prisioneros. El tercer hombre era Mayle.

Fue Mayle el primero en hablar, mientras sus labios se distendían en una sonrisa que parecía amistosa.

—Es un honor verle por aquí, amigo Murdock.

—Supongo que no me esperaba.

—Confieso que no… Ha sido mucho más listo de lo que yo creía. Traté de desorientarle con todos los medios a mí alcance y veo que no lo conseguí. Pero el resultado, al fin y al cabo, habrá sido el mismo, amigo Murdock.

Clive había apretado los labios.

Sabía lo que iba a suceder, y lo lamentaba sobre todo por Johnny. Por Johnny, a quién él intentó salvar poniendo en peligro su propia vida, y que sin embargo moriría ahora como un perro, después de haber tenido el peor desengaño de su existencia, después de saber quién era su propia esposa.

Mayle no se había molestado en encañonarles. Sabía que iban desarmados, y además les apuntaban dos pistolas y una ametralladora en aquella habitación cerrada. Nada podían intentar.

Clive lo sabía. Desesperadamente intentó ganar tiempo, aunque de sobra conocía que el final iba a ser el mismo. Pero si tenían que balearle, cuanto más tarde mejor.

—¿Puedo saber qué es lo que habían metido en el cuerpo de la pobre Nora? —susurró.

—Un detonador espacial que tendrá gran importancia en la guerra del futuro. Nuestro agente en París lo recogerá esta noche a las doce, y luego el cuerpo será inhumado legalmente en el cementerio de Montmartre. Hasta tendremos la atención de poner una corona con su nombre, Murdock. Y en París, ya a salvo de todo peligro, buscaremos un comprador. Incluso es posible que vendamos a Estados Unidos lo mismo que les hemos robado, Murdock. Usted sabe bien que no es la primera vez que eso sucede.

—Ya lo sé, Mayle, desde luego. Yo mismo he tenido que hacer a veces de intermediario en «negocios» de esa clase.

—Le he tenido bien controlado —siguió Mayle—. Sé que no ha dicho nada por el momento a mí hermanastro, el honrado funcionario Stevenson. Es usted la única persona, fuera de nosotros mismos, que sabe en este momento la importancia que tiene el «paquete» de París.

—De modo que Stevenson es su hermanastro… Ahora comprendo muchas cosas.

—Celebro que lo vea todo claro, Murdock… antes de morir.

—¿De veras cree que lo sé todo?

—Para lo que va a servirle, no hace falta que sepa más, Murdock.

—Hay algo que también quisiera preguntarle. Una última cosa.

—¿Trata de ganar tiempo, Murdock? ¿Es que acaso piensa que alguien va a venir en su auxilio?

—Sé bien que no, Mayle. La cuestión está decidida ya. Pero antes de irme al otro barrio, quisiera saberlo todo.

—Le contestaré a una sola cosa. Diga que es lo que más le interesa. Yo no soy como esos espías ingenuos que pierden el tiempo hablando, Murdock. Le he condenado a muerte y liquidaré el asunto enseguida. Sin perder ni un minuto más.

Ahora fue Clive el que sonrió levemente. Se daba cuenta de que todo estaba perdido, y eso le concedía más audacia aún. Cuando uno está convencido de su muerte, llega a no temerla.

—¿Qué papel jugó Hilde en todo esto? ¿Qué significa, en todo este mejunje, la hermana de la muerta?

—Pensamos desde el primer momento valernos de ella a causa de ser gemelas, para, que la ausencia de Nora no llamase la atención en determinados círculos que pudiera frecuentar. Es decir, por su club o por las tiendas que habitualmente visitaba, aparecería su hermana gemela, y nadie se daría cuenta de que Nora se había esfumado hasta que fuera ya tarde y nosotros hubiéramos conseguido nuestro propósito. Pero pronto nos dimos cuenta de que eso no era necesario.

—¿Por qué?

—Nora apenas salía con nadie. Era una muchacha tímida y retraída. Su muerte no llamaría la atención en ninguna parte.

—¿Cómo pudieron convencer a Hilde para que interviniese en la muerte de su propia hermana?

—Ella no sabía nada. Se enteró del asesinato por los periódicos, va que las dos muchachas no vivían juntas. La policía la visitó y le hizo las cuatro preguntas rutinarias que siempre hace en esos casos.

Cuando se convencieron de que la chica no era sospechosa, la dejaron en paz. Y al día siguiente, Hilde recibió una llamada del FBI.

—Falsa, naturalmente…

—La cité en el despacho de Stevenson, mi hermanastro. El salía mucho, y a veces me dejaba solo allí incluso durante una hora, creyendo que eso no tenía importancia. A las doce, o unos minutos antes, sus dos secretarios se marchaban a almorzar. Podía obrar perfectamente, durante media hora o más, como si yo fuera el jefe de aquella sección.

—¿Y qué prometió a Hilde para que colaborase?

—Le dije que tenía que ayudarnos a buscar al asesino de su hermana. Y que para ello tendría que estar en contacto conmigo, en mi

domicilio de Nueva York, y llevar unos mensajes muy importantes. Eran dos mensajes concretamente. Los dos para usted, Murdock.

—¿Por qué la emplearon a ella?

—Porque, de otro modo, el correo del FBI hubiera seguido un trámite normal y muy peligroso para nosotros. Necesitábamos un mensajero, y usted no sospecharía de la propia hermana de la muerta. Así sería más fácil que picara el anzuelo… y picó.

Clive, no supo bien por qué, se sintió aliviado. Resultaba consolador, después de todo, saber que Hilde no era una vulgar asesina.

—¿De modo que la muchacha es inocente?… ¿Y dónde está ahora?

—Prisionera en una de las dos habitaciones de arriba. Íbamos a terminar con ella cuando su llegada nos ha interrumpido. ¡Y ahora basta de hablar! ¡Dentro de unos segundos el problema habrá terminado! ¡Todos los eslabones estarán tolos!

Clive se dio cuenta de lo que aquello significaba. Para los hombres de la ametralladora, equivaldría a Una orden de hacer luego.

Y no todo estaba aclarado aún. Por ejemplo, Mayle no le había dicho que papel jugaba Sonia en todo aquello.

Pero pronto iba a saberlo. Enseguida lo sabría porque los hechos hablaron por si solos en el minuto siguiente.

CAPÍTULO XII

El hombre del chaquetón de cuero se había apartado, para dejar blanco libre a los de la ametralladora. Sonia, en cambio, no lo había hecho. Curiosamente, era la única persona armada… ¡que parecía ir a morir!

Nadie había reparado en aquella extraña anomalía. Con su conversación, Clive había logrado distraer a Mayle y sus hombres, quienes no repararon en la pistola de Sonia ni en la ayuda que esta les había prestado.

Y entonces ocurrió algo que a Clive le pareció incomprensible. Y con mayor razón se lo hubo de parecer a los otros.

Sonia hizo dos disparos, dos disparos rapidísimos, y saltaron dos cabezas.

Los hombres que estaban al cuidado de la ametralladora no tuvieron tiempo de apretar su temible gatillo. De pronto cayeron hacia atrás, lanzando un doble aullido. El tipo del chaquetón de cuero, que aún conservaba la «Browning» en la derecha, se revolvió con la velocidad de un puma.

Su primer disparo alcanzó el pecho de Sonia. El segundo su cadera izquierda.

No llegó a hacer el tercero.

Clive, con un salto felino, había llegado ya junto a él. Sus dos manos se movieron a velocidad de vértigo, propinándole dos golpes seguidos de kárate.

Uno de ellos le rompió la tráquea. El otro le dislocó las vértebras cervicales.

Dos golpes mortales. Dos impactos de los que no perdonan.

Mayle se había dado cuenta, con estupor, del brusco cambio de la situación. Intentó llegar hasta la ametralladora, pasando sobre los cadáveres de sus dos hombres.

Pero Johnny tampoco se había estado quieto. A pesar de que distaba mucho de encontrarse en plena forma, consiguió llegar ante al arma y dar un puntapié al cañón.

Este saltó, quedando desencajado del trípode. Haría falta al menos medio minuto para volverlo a encajar.

Y Mayle comprendió que no contaba con ese medio minuto. No disponía ya de ningún tiempo.

Saltó hacia las escaleras de caracol que llevaban al piso superior. Su única salvación estaba en emplear a Hilde como escudo. En amenazar con matarla si no le dejaban huir.

Clive Murdock lo advirtió. De su garganta partió una seca orden:

—¡A él, Johnny! ¡Que no llegue arriba!

Él se inclinó sobre la moribunda Sonia. Se había dado cuenta ya de que, de los dos balazos, uno era mortal. Debía haberle segado una de las arterias.

Sonia le miraba con ojos vidriosos. Sus manos temblaron al sujetar las de Clive.

—Gracias… por haberle alejado. Quizá, de estar aquí Johnny… se hubiera enterado de todo… Prométeme… que nunca se lo dirás.

—Nunca se lo diré, Sonia. Te lo juro.

—Tú me diste una oportunidad… Durante los últimos meses de mi vida he estado terriblemente equivocada, Clive, y tú me lo has hecho comprender… sin una palabra. Has arriesgado tu piel… para que yo comprendiera, para que yo reflexionara… Estoy muy contenta… de haber podido hacerlo.

Clive le acarició los cabellos. Trató de mostrarse animoso, hizo por sonreír.

—Aún te quedará tiempo para equivocarte otras veces, muchacha. Saldrás de esta.

—No, Clive, yo sé bien que no… No olvides que en otro tiempo trabajé con vosotros… La herida es mortal… ¿Sabes por qué os apunté? Porque vi la ametralladora desde el coche… Tú no podías verla porque estabas oculto, y Johnny tampoco porque fingía reparar una avería… Comprendí que nunca llegaríamos a la casa si no ideaba algo… y eso fue lo primero que se me ocurrió. Al menos… he servido para algo… Gracias, Clive, por haberme dado… una oportunidad.

Ladeó la cabeza. El federal se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para consolarla, demasiado tarde para todo. Con su audacia, Sonia había logrado tener una pistola disponible en el momento decisivo. El tipo del chaquetón de piel debió creer que ella era una amiga de Mayle, y Mayle se distrajo con las preguntas de Clive. Pero era ella, Sonia, quien les había salvado. Solamente ella.

Clive Murdock soltó lentamente su cabeza. Sus ojos se habían nublado. Johnny creería siempre que su mujer fue una heroína. No conocería ninguno de sus errores. Y en realidad como una heroína había muerto Sonia.

Una voz ronca le llegó desde las escaleras de caracol. Se mezclaba a un estruendo de disparos.

—¡Me tiene inmovilizado! —gritaba Johnny—. ¡No puedo avanzar, Clive!

En efecto, Mayle disponía de un revólver y además tiraba desde arriba. Johnny no podía trepar un peldaño más sin arriesgarse a que le volaran la cabeza.

Clive se apoderó de la «Browning». Comprendió que nunca llegaría

al piso superior empleando la escalera.

Salió rápidamente al exterior, haciendo una seña a Johnny. Miró la fachada.

Mala suerte. A pesar de ser de piedra, resultaba completamente lisa. No podría llegar hasta la ventana del piso superior.

¿Qué hacer?

Si Mayle contraatacaba, dándose cuenta de su ventaja, Johnny estaría perdido.

En un angustioso instante, Clive tenía que tomar una decisión. La partida estaba muy lejos de haber sido ganada.

Y de pronto comprendió que aún tenía una baza. La última quizá. Esa oportunidad consistía en los cinco peldaños de piedra que llevaban a la casa. Los cinco peldaños que él había notado yendo a ciegas.

Corrió a toda velocidad hacia el coche, subió a él y lo puso en marcha. Saliéndose de la carretera, con la primera puesta, rodó hacia las escaleras con toda la velocidad posible.

Llevaba la «Browning» entre los dientes.

Tenía que encallar el acelerador, de modo que el pedal siguiese siendo presionado, y lo consiguió quitándose uno de los zapatos y colocándolo bajo el freno, de modo que al quedar sujeto apretase el pedal que estaba a la derecha, es decir el del gas. El potente coche mantenía la velocidad de casi setenta a la hora que Clive había logrado en primera. Las escaleras se acercaban meteóricamente.

El federal abrió la portezuela y se encaramó al techo, flexionando su cuerpo ágilmente. Se puso en pie sobre el vehículo y sujetó ahora la pistola con la derecha.

Las escaleras de piedra ya estaban casi junto al capó. El choque era inminente.

Clive tensó los músculos y contuvo la respiración.

El momento había llegado, Se lo iba a jugar todo a una carta.

El coche se empotró contra las escaleras y quedó detenido bruscamente. Como era lógico y Clive había calculado, la inercia le envió hacia adelante y hacia arriba como si lo hubieran disparado con catapulta. El federal ayudó al impulso con los movimientos de su cuerpo… ¡y se encontró volando por los aires, hasta llegar a una de las ventanas del piso superior!

Se asió frenéticamente a ella con la izquierda, mientras levantaba la «Browning» con la derecha.

Mayle se había dado cuenta ya de que algo sucedía. Desde lo alto de la escalera de caracol, giró hacia la ventana.

Pero nunca lograría ser tan rápido como Clive Murdock. Jamás le vencería cara a cara.

Solo una bala saltó al aire y esa fue la de la «Browning», pese a ser un arma a la que Clive no estaba habituado. Mayle se encogió, y su

disparo, unos segundos más tarde, se empotró en el suelo inútilmente. Clive apretó el gatillo otra vez, enviando ahora el plomo decisivo.

Mayle cayó hacia atrás con la cabeza atravesada. Sus dedos se engarfiaron en el aire.

Soltó el revólver.

Clive penetró a través de la ventana. La habitación era grande, como la de la planta baja. Había Otra puerta y Clive la abrió. Dentro, atada a una silla y amordazada, estaba Hilde. Sus ojos desorbitados se cerraron al verle entrar a él, con una infinita expresión de alivio.

Clive la desató y la mantuvo unos instantes en sus brazos, mientras el corazón de la muchacha palpitaba agitadamente. Luego, cuando ya estuvo más calmada, la ayudó a descender a la planta baja.

Vio a Johnny allí. Johnny, que lloraba silenciosamente junto al cadáver de Sonia.

—Ella nos salvó —musitó Clive—. Sin su ayuda, hubiéramos sido abatidos por la ametralladora antes de enteramos de lo que estaba ocurriendo realmente.

—Nunca la conocí —susurró Johnny—. Nunca llegué a imaginar lo valiente que era…

—No, muchacho, nunca la conociste.

Y añadió roncamente:

—Sonia murió… como una heroína.

Con solicitud, como si se tratara de un niño, ayudó a incorporarse a Johnny. Quiso alentarle, trató de hacerle pensar en lo que aún tenían que hacer.

—Debemos avisar a Stevenson urgentemente… —susurró—. Ahora todo es distinto, porque estando destruida la banda, él podrá explicar que dejó entrar a Mayle en su despacho para tenderle una trampa. Incluso es posible que al viejo zorro le asciendan. Que él se lleve toda la gloria. Las cosas, en el mundo, suelen suceder así…

Sacó a Johnny de la casa. Algunos coches se habían detenido ya al oír los disparos y presenciar el encontronazo con las escaleras. A lo lejos se oía la sirena de un patrullero.

—Por favor, hazlo tú, Johnny —pidió Clive—. Di al patrullero que te lleve enseguida a Nueva York.

Johnny le miró. En sus ojos aún había lágrimas.

—Lo haces para que no piense en ella, ¿verdad?

—Lo hago para que recobres la confianza en ti mismo, muchacho. Nunca debiste perderla.

Vio alejarse a su amigo. Luego él entró en la casa, donde Hilde, apoyada en una de las paredes, miraba con miedo y con estupor la violenta decoración que se ofrecía ante sus ojos.

—Tendremos que irnos de aquí, muchacha.

—¿Adónde?

—Me parece que una vez te dejé desilusionada.

Ella le miró directamente a los ojos.

—A medias, Clive.

—Ahora ya no tendré que beber más leche azucarada. Ahora volverán a traerme el *whisky* en un petrolero.

—¿Y qué, Clive?

—Todo será distinto.

Ella entreabrió los labios.

—Sí, Clive.

—¿No dices otra cosa?

—Sí, Clive; digo otra cosa: Que me das lástima, pobrecillo… ¿Ya tienes asegurado tu entierro?

Y se colgó de su brazo.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)
Impreso en España - Printed in Spain
PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

Notas

[←1]

Léase «Los pies en el infierno», de esta misma serie.